

Año XXXII.

Madrid, Jueves 11 de de Abril 1912.

Núm. 15.

Carta de Buenos Aires

Sr. D. José Nakens.

Muy señor nuestro: No con sorpresa, porque ya estamos curados de emociones, pero sí con disgusto, hemos leído ayer un telegrama de esa (y que adjunto le mando), el cual dice que se está formando un nuevo partido republicano capitaneado por D. Melquiades Alvarez, y además que los dos diarios de Lerroux le están pegando duro.

(Esto será para unirse).

¿Quiere decirnos usted, Sr. Nakens, cuántos partidos republicanos hay y para qué sirven? Porque nosotros hemos estado contando y hemos perdido la cuenta: hay Federal, Radical, Conjunción, Progresistas, Disidentes, etc., etcétera, y por fin Gubernamental, y a éste paso no tardará en formarse el Republicano clerical, ó Eucarístico, presidido por el Sr. Azcárate.

Los que estamos lejos de la patria y amamos el ideal republicano cuántas decepciones sufrimos cuando cogemos un diario para ver qué nos trae de nuestra tierra. En vez de hallar en letras muy grande: *El triunfo de la Revolución en España*, nos encontramos con un nuevo partido republicano.

¿No le parece, D. José, que esto carga ya demasiado?

Perdónenos el que le molestemos con inútiles misivas, pero este es el sentir de la mayoría de los que estamos en América.

Esperamos con ansia EL MOTÍN correspondiente a esta fecha, para ver lo que usted dice de los que así desacreditan el ideal republicano.

Por un grupo de amigos que le admiran,

ALFREDO VALLÉS

Buenos Aires, 29, 2, 912.

Publico la carta, únicamente por guardar esa atención al que me escribe; mas sin comentarios.

Habiendo formado yo un partido esta misma mañana, no me creo ya con derecho a censurar á ninguno que lo haya hecho, ó que lo haga en adelante.

A continuación publico el propósito con que lo he formado y la base sobre que lo sustento.

Y como no tengo duda de que por él llegaremos antes de quince días á la República, felicito de antemano á todos los correligionarios de España y de América, por la suerte que han tenido de que se me ocurra formarlo. Marquen este día (8 de Abril) como el más influyente en el porvenir de España.

Un nuevo partido

El de Melquiades Alvarez que edó constituido el domingo en el *Ideal Ram*, á quince pesetas por individuo. Se llama gubernamental y reformista. El jefe dijo elocuentísimamente todo lo que vengo oyendo hace treinta y tantos años cada vez que se forma un partido más, y fué muy aplaudido. El acreditado conspicuo Sr. Azcárate había pronunciado antes unas cuantas frases muy atinadas, muy medidas y muy sensatas, es decir, muy suyas.

Y dada esta noticia, hablaré del partido nuevo, que no es ese de Melquiades Alvarez, sino otro más reciente. El de Melquiades se formó ayer; el que yo digo, se ha formado esta mañana: luego el verdaderamente nuevo, es éste.

¿Que quién lo ha formado? Un servidor de ustedes. Al ver que iban á transcurrir veinticuatro horas sin que los republicanos creáramos un nuevo partido, me dije: «No; esto no es posible. Sería interrumpir nuestra tradición gloriosa.» E inmolé mi consecuencia en el altar de mi patria.

Mi consecuencia, sí; que pública y notoria es mi negativa constante á aceptar cargo ni representación alguna en el republicanismo.

¿Pero quién piensa en sí propio, cuando la voz del deber le dice con tono imperativo: «sacrificate por el ideal?» Así es que respondí: «Estoy pronto. Me resigno á formar un partido nuevo.»

¿Que haya un cadáver más, qué importa al mundo? refiriéndome al cadáver de mi consecuencia.

Y dada esta explicación, para que nadie confunda al ya antiguo partido de Melquiades con el mío, diré lo que éste es:

Un partido que no apelará á ninguno de los procedimientos que hoy se creen indispensables para que la Monarquía desaparezca.

Partido que no fundará Comités, ni Casinos, ni Casas del Pueblo.

Partido que no elegirá concejales ni diputados.

Partido que no tendrá periódicos.

Partido que no conspirará ni amenazará á voces.

Partido que no celebrará banquetes, ni bailes, ni veladas con tómbolas.

Partido que no comprometerá á ninguno de sus adeptos.

Partido que sólo celebrará un acto colectivo, porque no necesitará más para lograr su deseo.

En suma, partido que no se parecerá en nada á ninguno de los que funcionan actualmente.

Para ingresar en este mi partido, sólo impongo esta condición: que cada individuo se provea de un pañuelo de bolsillo.

¿Que cuál será la misión de mi partido? La que los demás no han realizado: traer la República. Y en plazo breve.

¿Por qué procedimiento? Por el único que no hemos ensayado y que más adelante diré.

Aquí hay un hecho indudable: el de que en un cuarto de siglo y pico de lucha, nada hemos adelantado; estamos, como dijo ayer mi ilustre predecesor en jefatura, peor que hace treinta años. Se impone, por lo tanto, el convenir en que no hemos dado con el procedimiento para traer la República.

Pues bien; esto es lo que yo he conseguido esta mañana: dar con él. Sin comprometer la libertad, la vida, ni la hacienda de nadie; sin producir conflictos de orden público; sin contribuir á que baje un céntimo la Bolsa; sin llevar la menor alarma á las clases conservadoras ni á las gentes religiosas; sin lastimar ningún interés creado ni atacar ningún derecho adquirido, puede y debe venir, y vendrá la República.

¿Que cómo? De esta manera sencilla. ¡Todo lo grande, lo trascendental y lo definitivo es sencillo!

Una vez convencido yo de que cada partidario mío está en posesión de su pañuelo, ordenaré con el mayor sigilo que en un mismo día, á la misma hora, y si puede ser al minuto, nos echemos todos á la calle. Y empujando valerosamente el pañuelo, derramando lágrimas á torrentes, juntando las manos en actitud de súplica, arrodillándonos de vez en cuando, y hasta sollozando si es preciso, roguemos humildemente á la Monarquía que haga el favor de marcharse, para que nosotros, los esforzados republicanos, podamos desembarazadamente dedicarnos á salvar á esta España querida, ansiosa de tener á su frente hombres viriles, enérgicos y valerosos.

Y si la Monarquía (que no lo creo) dejase de acceder á nuestra justa demanda; si por sugerencias de sus egoístas partidarios despreciase nuestra valerosa súplica; entonces...

Entonces será llegado el momento de volver á echarnos denodadamente á la calle á derramar tantas y tantas lágrimas más, que haya necesidad de trasladarse de una acera á otra en barquichuelo.

como en la reciente inundación de Sevilla; no cesando en nuestro imponente llanto hasta que á la Monarquía le llegue el agua al cuello, y, aterrorizada, huya desesperadamente, abandonándonos por miedo lo que no quiso darnos por derecho ni otorgarnos por favor; que no hay quien resista el ímpetu formidable de un pueblo que no repara en lágrimas para redimirse y regenerarse.

Y de esta manera tan modesta como digna, tan propia de nuestra ya proverbial sensatez como de nuestro valor legendario, nos veremos para siempre libres de la odiada Monarquía, logrando lo que no consiguieron en tantos años los artículos furibundos de los periodistas talentados; ni los discursos tremebundos de los diputados elocuentísimos; ni los planes terribles de los conspiradores eximios; ni las conminaciones terminantes de los oradores de mitin... ¡ni siquiera los ardorosos brindis enjendrados en los banquetes al ayuntarse en patriótica cúpula el Valdepeñas con el bistef!

Y para perpetuar nuestra hazaña y ensalzar nuestro triunfo, el mismo día de la proclamación de la República introduciremos esta variación en el escudo nacional: colocar en el cuartel del león una simbólica liebre, enjugándose acongojada los ojos con un pañuelo.

Queda, pues, abierto el banderín de enganche para el partido nuevo (nuevo hasta que se forme el de mañana) y yo aguardando adhesiones.

Correligionarios:

¡Los momentos son supremos!
¡Valor, esperanza y pañuelo!
¡Viva la República!

JOSÉ NAKENS

Los militares y nosotros

«Ved el Ejército. Nosotros queremos preparar, por la acción del proletariado universal y de todas las democracias, el fin de las guerras, el régimen del arbitraje internacional, el desarme concertado. Pero mientras llega el momento, que apresuraremos cuanto nos sea posible, de poder realizar este desarme concertado de todas las naciones bajo la garantía de la gran paz obrera y humana, no hemos de entregarnos á las posibles sorpresas del exterior, á las agresiones de la tiranía, á los convulsivos sobresaltos de un kaiser, á quien podría ocurrírsele, como á otro Bonaparte, la idea de buscar en aventuras exteriores una distracción que le compensase de los obstáculos del interior, que aumentan para él...

No pueden entregarse á estas posibles sorpresas la independencia y la libertad de acción de la Francia revolucionaria. A ese efecto, y mientras llega el día del desarme y la paz socialista universal, hay que transigir con la existencia de un ejército que no sea en ningún concepto un ejército de privilegio del golpe de Estado cesarista ó del gol-

pe de Estado capitalista; de un ejército que sea el pueblo mismo, capaz de defender, contra todos sus enemigos, su libertad y su independencia.

Nosotros estamos reconocidos á los oficiales que empiezan á propagar en el ejército de la República burguesa y autoritaria un espíritu nuevo, un nuevo pensamiento. Hay entre ellos quien nos ha escrito diciendo: «Nuestra situación es difícil: nos hallamos entre los reaccionarios, que quieren un ejército de casta, y los socialistas, que pretenden suprimir todo ejército. No nos abandonéis». Yo les he contestado: «Os equivocáis respecto al pensamiento y á los propósitos de los socialistas; nosotros queremos, en efecto, suprimir el ejército francés; pero cuando se supriman los demás ejércitos; entre tanto, pretendemos transformarlo en sentido popular para que cese de ser un obstáculo al movimiento interior.»

Nosotros recordamos que en 1789 había en determinadas armas, particularmente en la más ilustrada, en la admirable artillería francesa de fines del siglo XVII—que era, en opinión de todos los técnicos, la primera artillería del mundo—, oficiales que, al propio tiempo que los más sabios de su clase, eran ya revolucionarios antes de la Revolución. ¿Qué ocurrió entonces? Que habiendo sido trabajado lentamente el ejército, aun bajo el antiguo régimen, por el nuevo soplo, al estallar la Revolución no tuvo que hacer este ejército más que un pequeño esfuerzo para estar de acuerdo con la Revolución misma. De ahí se dedujeron dos hechos: negar el concurso al absolutismo contra el pueblo revolucionario, y defender la Revolución contra la coalición reaccionaria.

¡Ah! Nosotros decimos á los oficiales demócratas, á los oficiales socialistas: «No os descorazoneis, no emigreis; permaneced en el ejército para transformarlo, para hacer penetrar en él la conciencia del pueblo, á fin de que si los directores tuviesen empeño un día en emplearlo contra el proletariado, palpitase en el mismo corazón del ejército el pensamiento del pueblo.»

JUAN JAURÉS

San Ignacio

quemado en vida por hereje
contumaz fugitivo

Vida carcelaria de San Ignacio

EN LA CÁRCEL DE ALCALÁ

Pues, señor: esta vez no dirá Ignacio que le calumniamos: lo tenemos en la cárcel, y no porque lo hayamos metido nosotros, sino que se nos ha medido él. El P. Fita nos lo trae preso en Alcalá el 21 de Abril de 1527 y no lo pone en libertad hasta el 1.º de Junio (1). Otros

jesuitas, más piadosos que Fita, no quieren prenderlo hasta el 1.º de Mayo, (1) soltándole de la cárcel de Alcalá el mismo día 1.º de Junio.

Esta trabacuenta edece á que, según los primitivos oradores (que hablaban por boca de San Ignacio y de su Evangelista González de la Cámara á quien confió estos secretos) fué preso sigilosamente en aquella fecha del 1.º de Mayo: pero al publicarse las *Cartas de San Ignacio* se encontró que en la del Rey de Portugal, afirmaba haber estado *cuarenta y dos días* en la cárcel de Alcalá, no bastándole los treinta que había dicho antes, prueba de que le iba bien, y seguramente debía ser así, según nos cuentan los jesuitas, pues la cárcel de Ignacio era una tertulia *chic* á donde se daba cita lo más vistoso de Alcalá: sobre todo las damas, de entre las cuales citan como muy empeñadas en la causa del Inigo, á Doña Teresa Enriquez de Cárdenas, madre del Duque de Maqueda (su palacio, centro de alumbrados), Doña Mencia de Benavente (su capellán, alumbrado terrible) y Doña Leonor Mascareñas que á la sazón no estaba en Alcalá, aunque otra cosa digan los reverendos Padres.

Además, allí acudían á oír sus sermones—según dicen los jesuitas—el Maestro Pascual (otro alumbrado destituido), el Dr. Sanchez, sospechado de luterano, y seguramente no faltarían al aquellarre místico, el ama de Fray Bernardino, capitán general del escuadrón de alumbrados, ni María de la Flor, á quien Fita llamó tonta, y por llamarle tonta á ella, vióse llamado tonto él (2), y aquel enjambre de «ilustres matronas» entre las cuales no he podido encontrar las hijas de la tabernera Catalina Ramírez, que por haber sido vizcaína ella, y buen negociante de vinos el padre, debía estar allí por fuerza, y más siendo sobrina de Diego López, mayordomo del Conde de Oñate. Ya daré con ella, (estilo del P. Fita). Entre tanto, contentémonos con lo dicho.

EN LA CÁRCEL DE SALAMANCA

Pues, señor, tampoco necesitamos prenderle nosotros: es el propio Ignacio quien en la susodicha carta al rey de Portugal, apenas salido de la cárcel de Alcalá, se nos presenta en la de Salamanca, donde estuvo veintidós días, antes de volar á París: y no como quiera, sino «con cadenas» lo cual es más de considerar.

En esto se parece á San Pablo, según él decía á su hermano D. Martín García á otro propósito; y aun parece que, como San Pablo, se *vanagloria* de ello; y si siguiendo esta carrera de San Pablo no torciera de camino, de seguro que le habríamos visto escalar majestuosamente el cadalso de Valladolid ó de Toledo, á imitación de aquellos sus cono-

(1) García Alcázar y otros: en las respectivas *Vidas* de San Ignacio.

(2) *Crisis de la Compañía de Jesús*, San Ignacio y las mujeres.

(1) Boletín de la Academia de la Historia. Año 1898, página 528 y siguientes.

cidos Cazalla y Arquer, para acabar gloriosamente con la gloria que corresponde á un buen compañero de Jesús, según aquel: «no ha de ser de mejor condicion el discípulo que el Maestro». Y entonces los Jesuitas podrían decir á boca llena: «¡lejos está de nosotros gloriarnos fuera del cadalso de Nuestro Señor San Ignacio, fiel imitador de Cristo, por quien nosotros somos ahorcados en el mundo, y el mundo es ahorcado para nosotros.»

Y á fe que San Ignacio, ahí en Salamanca, estaba en la mejor vía para imitar á Cristo y á San Pablo *in vinctis*, pues según él contó á sus hijos, y Rivadeneira á nosotros, desdichados pecadores, á Inigo y á su compañero (pues aunque Ignacio siempre dice *yo fui prendido, me encarcelaron, yo hice y me hicieron*, está probado que, si anda solo en recoger la cosecha, nunca anduvo solo en la siembra; y aquí, no fué él solo—su nombre sea bendito—sino que fueron dos cuando menos; prendiéronlos, pues, los tunantes frailes dominicos de San Esteban (nunca les fué muy bien en Salamanca a los Jesuitas) «mas, no los pusieron abajo—habla Rivadeneira—adonde estaban los otros presos por comunes delitos, sino en lo más alto (como quien dice en el altar) de un aposento apartado, viejo, medio caído, muy sucio y de mal olor». Gloriémonos de paso, en la Cruz del Salvador... No deseaba otra cosa Ignacio... «Alí ataron á una gruesa cadena larga, de doce ó trece palmos, á los dos presos, metiéndoles un pie á cada uno en ella, tan estrechamente, que no podía apartarse el uno del otro PARA NINGUNA COSA. Y de esta suerte pasaron aquella noche, velando y haciendo oración... Alí donde estaba preso, no dejaba sus ejercicios ACOSTUMBRADOS ni de hablar CON LIBERTAD, ensalzando la virtud y reprendiendo los vicios (á las arañas y escarabajos sería) y despertando los corazones de los hombres al menosprecio del mundo» (1). ¡Y al compañero, que le parta un rayo! ¡Ni un aplauso!

Este relato es de lo más maravilloso que puede asombrar al mundo. ¿Por dónde se meterían las gentes en aquel lugar *sucio, hediente*, cerrado bajo llave por el alcaide de la Inquisición? Con razón, con razón se llamó «brujos» á los teatinos... Sólo los brujos podían volar por los aires y penetrar en aquel aposento alto y medio caído...

Y pues tenemos á Ignacio preso espontáneamente sin necesidad de prenderle nosotros, custodiado por esta *gruesa cadena* que se pone él á presencia del rey D. Juan de Portugal, y en que le mete un pie Rivadeneira, abramos nosotros nuestro interrogatorio, constituyendo el tribunal público de la *Crítica*. Ignacio no tiene prisa de salir,

sabe que está en el sitio de San Pablo, su maestro.

ANTECEDENTES CARCELARIOS EN LA CARCEL DE AZPEITIA

Primer testigo.—Inigo López (Ignacio). Esta deposición es espontánea; nadie le llamó á Ignacio para hacerla, y está jurada por él ante el P. Cámara y ratificada dos y cien veces por los historiadores jesuitas.

CUANDO IGNAO ERA MOZO.—Huye *jesuiticamente* de la cárcel de Azpeitia ó Azcoitia. Fué costumbre de la época de los mi agros, que los presos desaparecieran de las cárceles y en su lugar aparecieran ángeles que les suplantaban.

No fué ángel precisamente en el caso de Ignacio, sino un hombre de carne y hueso el que ocupó su lugar.

Según certifican los jesuitas, tomándolo de sus propias confidencias, el hecho y su relato ocurrió de la siguiente manera:

Previo concierto de Ignacio con sus consocios de París, de encontrarse más tarde en Venecia, en el año 1585 parte Inigo de París camino de España «en una cabalgadura que le compraron los compañeros»; no sabemos en qué gastaría él los dineros que le enviaban sus devotas de Barcelona, Salamanca y Bruselas.

«Llegó á su tierra más recio de lo que salió de París». «Comenzó á pedir limosna de puerta en puerta... predicaba sermones los domingos y algunos días entre semana. Era tanto el concurso de gentes... que no cabían en el templo y necesitaba ir á los campos. La primera vez que predicó en Azpeitia... ¡ahora viene lo bueno! lección que no han olvidado completamente los jesuitas, de «humillarse y volver por la honra y buen nombre de sus prójimos». «Estando, pues, predicando, dijo que una de las cosas que le habían traído á su tierra y subióle á aquel púlpito, era querer dar satisfacción de cierta cosa que le había sucedido y salir de congoja y remordimiento de conciencia. Y era el caso que, SIENDO MOZO, había entrado con ciertos compañeros (¡ya tenemos una Compañía!) en cierta heredad y tomando alguna cantidad de fruta con daño del dueño (¡jesuita puro!); el cual dueño, por no saber el malhechor (jesuitismo purísimo: tirar la piedra y esconder la mano) hizo prender con falsa sospecha (¿quién esparció la sospecha?) á un POBRE HOMBRE y le tuvo muchos días preso (¡en vez de Ignacio!) y quedó infamado (*el pobre hombre*) y con menosprecio de su honra y hacienda (¡hola... hola... tan moza aquella Compañía y ya tan jesuita!); y nombróle (Ignacio al pobre hombre) desde el púlpito (*¡á buena hora!*... antes debió haber sido) y pidióle perdón (costumbre olvidada de los jesuitas, que ni perdonan ni piden perdón, y si lo piden es para mejor agraviar) que estaba presente al sermón (*¡el pobre hombre*), y dijo Ignacio que él había sido el malo y perverso *¡más*

claro ni el agua! y el otro sin culpa é inocente (y apaleado además); y que por este camino (camino jesuita) le había querido restituir públicamente la pérdida de su buena fama (que es irrestituible) y la de su hacienda (¡oh vergüenza para los jesuitas!... aprended, aprended á restituir...) con darle *dos heredades* que él (Ignacio) tenía, de las cuales, allí, delante de todos, le hacía donación (1).»

Vaya, lector, confesemos humildemente que ahí hay tres golpes jesuitas de *primo cartello*. Uno, el ser Ignacio jefe de los ladronzuelos y el dejar metido á un infeliz en la cárcel que él debía ocupar. Segundo, el *restituirle* la fama de esta guisa y manera. Y tercero, el utilizar esta restitución y aquella *perversidad malvada* para colgárselo al Inigo como milagro.

Aceptando este relato en lo que hace á favor nuestro y no en más, á estilo de fiscal jesuita, dejemos anotados estos hechos: 1.º La precocidad de Ignacio en formar compañías para asaltar cercados ajenos, sin ser notado, cargando el mochuelo al vecino. 2.º Que el relato tal como está se compagina muy mal con el resto de la historia de Ignacio, pues habiéndose convertido en Loyola en 1522, debió sentir entonces el remordimiento y pu'lo restituir, ahorrándose él el viaje desde París y ahorrando á sus compañeros la cabalgadura. 3.º Que la buena moral católica no tolera atribuir *buena conciencia* á quien se convierte en 1522 y esp'ra TRECE AÑOS á restituir la fama injustamente quitada, lo cual prueba: (a) ó que Ignacio hacía muy mal el examen de conciencia y no se acordaba de esta *maldad perversa*, que es de lo más perversillo y malvado que puede darse; (b) ó que se acordaba y no se confesaba de ello, en cuyo caso sus confesiones son notoriamente mancadas, cojas y estropeadas; (c) ó que se acordaba y confesaba y le negaban la absolución que ningún confesor podía *licitamente* darle y comulgaba en pecado, etcétera, etc.; (d) ó que esa restitución por tardía, inútil y manca, fué una *nueva jesuitada*, ó que el relato es una patraña todo él. Y ¿no podría haber ocurrido que Ignacio hubiese hecho todo eso, no por voluntad, sino forzado por el *buen hombre*?... Esto es lo verosímil, todo lo demás es inverosímil; incluso lo de las *dos heredades* que Ignacio no tuvo jamás, y que de probar los jesuitas que las tenía, habrán de conglutinar esta retención y ocultación de heredades con la simulación de pobreza, con cuyo pretexto pedía limosna y sacaba á Miguel Egua hasta los trastos de la cocina, guardándose él sus finiquitar allí en Azpeitia...

¿Heredades Ignacio y en Azpeitia? Sería en Pastrana ó en Medina quizás; pero en Azpeitia no consta tuviese más hacienda que su derecho á «la casa de Aguirre» legado en el Testamento de

(1) Rivadeneira, Vida de San Ignacio. Lib. I, cap. XV.

(1) Rivadeneira. Ibidem. Libro I, capítulo V.

su hermano Martín (1) como *memoria*, con la obligación de *tocar* la campana de Soream, al lado de las otras memorias de las freiras que habían de tocar *nueve badajadas*, señalando al sacristán de Soream *dos ducados*, á las Freiras *un real*, etc. Pero aun este derecho campaneril no podía «donar» en 1535, por no haberse hecho el legado hasta el año 1538.

De todo este relato nos queda, pues, en limpio, que por confesión pública y solemne de Iñigo, predicando desde el púlpito de Azcoitia en 1535, antes de ordenarse en Venecia, consta que él cometió un *delito* siendo mozo, como quien dice allá por los años de 1510 ó 1512 (apúntese la fecha), dejando á un inocente retido en la cárcel en lugar suyo, tolerando la calumnia y sus consecuencias durante *más de veinte años*! ¡trece después de la supuesta *conversión*! Y *huyó* de la cárcel el culpable, dejando encerrado á un inocente...

¡Jesuita de tomo y lomo!

S. PEY ORDEIX

(Concluirá)

(1) Otorgado en 19 de Noviembre de 1533

El turno del pueblo

Los labradores y braeros del campo, los menestrales, obreros de la industria y proletarios, que son en España más de 17 millones y medio, han pagado con ríos de sangre, de oro, en cien años de guerra, la civilización que disfruta el medio millón restante, sus libertades políticas, su derecho de administración, su inviolabilidad del domicilio, su seguridad personal, su libertad religiosa, su libertad de imprenta, su desamortización, sus comodidades, su prensa diaria, sus teatros, sus ferrocarriles, su administración pública, su Parlamento; todo eso que á la masa de la nación no le ha servido de nada, porque el pueblo no sabe ó no puede leer, no se reúne, ni se asocia, no imprime, no viaja, no le hostiga la duda religiosa, no comora ni usurpa haciendas al Estado, no conoce oficinas ni tribunales, sino en figura de instrumentos de la opinión caciquil inecontrastable...

Y, sin embargo, esa minoría de ilustrados y de pudientes, clase gobernante, no se ha creído obligada á corresponder á tantos cruentos sacrificios con uno solo, dejando alguna vez de gobernar para sí, gobernando un día siquiera para los humildes, para la mayoría, para el país.

¿Parecerá ya hora de que le llegue su turno al pueblo?

JOAQUÍN COSTA

INVITACION

D. José Puig Rodón, presidente de la Agrupación Republicana de San Juan de Palamós, me dice:

«Sr. Nogens: El día 13 de Abril mi hija

Justicia se casa civilmente con el joven Juan Ester».

Queda usted invitado á la fiesta, con los amigos que quiera.»

Gracias mil.

Iría de buena gana; mas no puedo.

No quiero robar ni una hora al poco tiempo que pueda quedarme de trabajar en la obra que traigo entre manos.

Ténganme como presente en el acto y figúrense, por el regocijo y la satisfacción que sientan, lo que yo experimentaré.

PARIS AL DÍA

Canibalismo clerical

No sé que ningún periódico español haya publicado la siguiente información, transmitida de La Roche-sur-Yon á la Prensa parisiense:

«El señor Baron es sepulturero y campanero de la iglesia de Bouffere. El y su esposa tomaron de huésped una pupila de la Asistencia pública, A ejandrina Barraut y la enviaron á la escuela laica; lo que indignó á las buenas almas del lugar. Poco tiempo después, el inspector de la Asistencia pública recibió anónimos en que se afirmaba que la mujer del Baron maltrataba á la niña, quien carecía de toda clase de cuidados, pero tales alegaciones fueron reconocidas falsas. Entonces los perseguidores, que no cejaban en su propósito, influyeron con el cura para dejar, como dejó, cesante al señor Baron en sus empleos de sepulturero y campanero de la iglesia, y el casero, que tampoco veía con buenos ojos que la huésped de sus inquilinos iba á la «escuela sin Dios», los echó de la casa que habitaron diecisiete años. Sin asilo y también sin pan, porque se lo niegan los panaderos, como les niegan provisiones las tiendas de ultramarinos, en vano pretenden alquilar casa. Ningún casero quiere recibirlos, y algunas almas caritativas, compadecidas de tal situación, se ocupan actualmente en hacer construir para los esposos Baron y su huésped una barraca donde puedan refugiarse.»

No sé que ningún periódico español haya reproducido la siguiente noticia de Annecy:

«Una chica, Allaigre de apellido, quería entrar en el convento de la Inmaculada Concepción, y como la madre de ella se opusiese, la mató á hachazos.»

Tampoco tengo noticia de que ningún periódico español se haya ocupado de una mixtificación hecha por *La Croix*, clerical.

El soldado Tisseau, antes de morir en la guillotina dejó escrita una carta que, según probabilidades, le fué sugirida por el sacerdote que le acompañó en su trance de muerte. En dicha carta, publicada por *Le Matin*, hay un párrafo que dice:

«... que el robo cometido en perjuicio de los padres no era un robo, y que la ley no podía castigarlo.»

La Croix, al reproducir el párrafo, añadió por cuenta de Tisseau:

«He ahí lo que se nos enseña en la escuela laica.»

Hoy, sin nueva entrega de la novela que los Bonnot, Gurnier y Garouy escriben á tiros, la mayoría de las gentes detiene la vista, «sombreada», en las revelaciones que ha hecho Caron, asesino y mutilador de la muchacha Rosa Delrieu, *periodista*, es decir, vendedora de papeles públicos. Caron, obsesionado por la idea de comer carne femenina, le despedazó y le comió las más íntimas reconditeces, colocando el sobrante, como quien prende una flor siniestra, en la faja de la víctima.

—¡Qué horror—se exclama—y qué monstruo!

Pero mucho más canibalasco que este caso de aberración sexual me parece á mí el hecho de que en Francia, en la republicana Francia, en la Francia libre-pensadora, si no atea, todavía haya un periódico que calumnie, al insertar la última carta de un muribundo, el laicismo de la enseñanza; que haya una hija que por meterse á monja asesina á su propia madre, y un pueblo que niega el agua y el fuego á un vecino por el crimen de haber mandado una niña á la escuela laica, y le obliga, como á nuevo Judío errante, á no sossegar en parte alguna.

Eso es peor que comerse un seso. Es comerse una conciencia.

LUIS BONAFOUX

La lámina de hoy

Procesión

del Auto de Fe en Goa

(Estampa de la Epoca.)

A. Estandarte de San Pedro Mártir, patrón de la Inquisición, que abre el cortejo.

B. Dominicos, monopolizadores de la Inquisición.

C.D. Familiares del Santo Oficio, custodiando á los que van al suplicio afrentados por los sambenitos y coronas, pintados de diablos, llamas y figuras grotescas, según la pena de *abjuración*, *azotes*, garrote ú hoguera que hayan de sufrir. Las llamas pintadas hacia abajo, indican que serán agarrotados primero y luego quemados; hacia arriba, significan que serán quemados vivos.

E.F. El Santo Cristo, recordando á Jesús subiendo el Calvario, ridiculizado por la túnica de loco, entre azotes é insultos de los fariseos, diciendo: «en esto conoceréis si sois míos, en que hagáis lo que yo hago».

G. Cajas con los huesos de los muertos representados por las estatuas que les preceden y que van á ser quemados juntos, huesos y estatuas.

H. Inquisidores, seguidos de la procesión general.

Esta magnífica estampa da el cuadro completo de la Iglesia.

En Roma, el inquisidor es el Papa; en España es el cardenal de Toledo.

La Inquisición es un *dogma católico*. Cuando no pueden celebrarla con autos *inquisitoriales*, la celebran con autos eucarísticos. En el *Auto de Fe* se mezclaba el *acto eucarístico* con la quema y azotes de los cristianos.

A la vista de esta procesión, cada espectador puede ver el lugar que le corresponde a él, á sus padres, madres, hermanos y amigos... y obrar en consecuencia.

CIVILIZADORES

FOURIER

Nació de padres ricos en Abril de 1772 este reformador social francés, adquirió considerable cultura, y joven se encontró en la vida rico, instruido y bueno.

Un hombre bueno é inteligente si quiere allegará riquezas; mas como no deje de ser bueno, lo que jamás hará es conservar la riqueza adquirida.

Total que el gran Fourier, hombre sin grandes necesidades y sin vicios, puesto que no pensaba que hubiésemos venido á la vida exclusivamente para quebrantar el sexto mandamiento, jugar á los naipes, emborracharnos, etcétera, etc., se arruinó no bien hubo de manejárselas solo. Para Fourier negocio y amistad, ganancia y buena fe, no eran voces antiéticas y, es claro, ni hizo buenos negocios, sino malos; ni ganó, sino que perdió.

Y por si esto no fuese bastante, el hombre dióse á estudiar las causas de la miseria y el remedio de estos males, y cuando hubo abondado quiso ser rico para propagar sus ideas, y lo fué, y se arruinó de nuevo concienzudamente en esta propaganda, y otra vez anduvo igual camino, y otra más, hasta que le llegó su última hora, que le cogió deliberadamente pobre.

Agudo en la crítica, certero en señalar las causas de los males sociales, buscó remedios artificiosos para ellos y, sobre todo, pensó en que la filantropía de los ricos y de los grandes le ayudaría en su empresa, equivocándose naturalmente.

Dejó al mundo el bello ejemplo de su vida y libros inmortales en que se señalan las causas de los males sociales y se defiende con elocuencia é indestructible dialéctica la teoría de que las tendencias, inclinaciones y pasiones naturales son bien supremo, y que, por tanto, las religiones y las leyes que las ahogan, reprimen y condenan, un gran mal.

LAZARILLO

Despojos legales

Dice *El País* de Lérida, que previa la consiguiente superior autorización, el comerciante de antigüedades don Amadeo Sa'ee, de Esterri de Aneó, acaba de adquirir y enviar á Barcelona los antiquísimos retratos de estilo góti-

co de la iglesia parroquial del pueblo de Escalarte, que son, según los técnicos, de positivo mérito artístico.

Me felicito de que la venta se haya realizado con todos los sacramentos, para que no puedan los impíos entonar la cantilena de siempre: «que si desvalijamiento, que si despojo, que si robo, que si simonía...»

Que se vayan desamueblando los templos de alhajas y objetos artísticos, me parece bien... Pero siempre que sea con la autorización debida, y llenando todos los trámites legales. Como se practica en otros despojos que ocurren con frecuencia.

Nada de lenidad para los unos y la inflexibilidad para los otros.

Igualdad ante el desvalijamiento. Esto es lo justo, aunque á veces sea también lo presidiable.

INFANCIA Y MENDICIDAD

Delincuentes á la fuerza

Para el doctor Tolosa Latour

Es noble y generoso preocuparse como usted de los pobres y desvalidos, y fijarse con amor en esos niños que crecen al azar en la calle, cuando no se mueren de pequeñitos. Pero es muy frecuente que los que practican este apostolado hablen sólo de caridad, sin advertir que acaso serían mejor atendidos si invocasen el egoísmo y la conveniencia de los demás hombres.

La caridad manda, efectivamente, que no se deje morir á los pequeñuelos, porque la vida es tesoro común. Y hay, es verdad, Juntas é Instituciones que se preocupan de que el niño viva.

Pero se ocurre preguntar:

—Si sólo les damos la vida, sin preocuparnos luego de su orientación ni de su cultura, ¿qué les hemos dado? Y á esta pregunta si que no dan contestación las escuelas ni los Asilos talleres, ni las Granjas agrícolas. Hay un solo Centro en el que podemos hallar esa contestación: la cárcel.

Allí, donde van á parar antes ó después todos los niños sin hogar á quienes hemos visto y á veces ocurrido en la calle, está la condenación terminante de este sistema de caridad nuestra, que rebosa en cada uno y no se concreta como debía concretarse en el Estado. No hay que lamentarse de falta de caridad; la hay, y muy verdadera, como hay amor al niño y exceso de conmisericordia y credulidad para todo el que pide. Lo que no hay es *administración* de las buenas obras, que mientras se desparraman y no toman dirección hacia fines sociales, dan como resultado el que nos preocupemos mucho de que no mueran los chiquillos, para que nos atormenten luego con el espectáculo de seres que no saben qué hacerse con la vida que les hemos dado.

Esta es la realidad. Se disputan á la muerte muchas víctimas infantiles, que luego, por nuestro abandono, son víctimas de la vida. ¿Y no es esto mucho más cruel que dejarlos morir?

Pese á los optimismos de que usted, excelente doctor, participa, la verdad es que no hay preparados en la socie-

dad bastantes sitios para los muchos niños que la caridad de usted salva, ni para los que la desgracia ó la perversión del hogar pone en la calle á merced de la mendicidad y de la ratería.

Y aquí está ya la idea del egoísmo á que antes he aludido y que usted apuntó también en *EL MUNDO*, al decir que «el mendigo profesional suele ser casi siempre un degenerado peligroso». Lo es, en efecto; ¿pero qué va á ser en muchos casos, si no le hemos permitido que sea otra cosa?

La mayoría de esos niños, salvados primero, y abandonados luego brutalmente al vaivén de la vida cuando más necesitan un asidero de cariños y de consejos, no han tenido ideas buenas ni malas. Se han visto libres y han gozado de la existencia sin más ley que la que obedecen los insectos y los pájaros. Para ellos ha sido bueno lo que les permitía vivir: la mano bondadosa que les dió limosna; el dintel ó la cueva en que se albergaban de noche. Y fué para ellos malo cuanto se opuso á su libre albedrío: todo lo que es necesario á las gentes honradas.

Fueron inconscientes primero, y viciosos de la forzosa holganza después. Y un día en que la mendicidad no fué útil ó resultó inútil por los naipes, les apretó el hambre y robaron un pan ó se llevaron de un puesto algunas frutas. Allí acabó ya su historia de muchachos y empezó su odisea de hombres. Ellos habían robado estrictamente lo necesario para sostener sus cuerpos, como robaba el gorrión los granos de una espiga en el sembrado; pero aquel acto *necesario*, anuncio *peligroso* para la sociedad, era una falta que había que corregir. ¿Qué se haría con aquel chico? ¿Donde se le llevaría para que no se hiciera ladrón, ya que no era posible llevarle á su casa, porque no la tenía?

Y como el chico no tenía casa y las autoridades «no disponían de hueco» en ningún sitio, la sustracción del panecillo ó de la fruta hubo de purgarse donde los hombres purgan sus delitos y sus crímenes. ¡El muchacho, fichado ya entre los enemigos de la sociedad, fué á la Cárcel Modelo.. para que no se hiciera ladrón!

No hay que hablar de lo que pasa después. Cada chico de esos es un sentenciado. Si antes de la «quincena» era un peligro social, por saber apoderarse del pan ajeno, que necesitaba, no hay que decir si será peligroso después de lo que haya aprendido en la Cárcel. Y como esto ya es lógico, igual que es lógica una cadena, la Policía, en cumplimiento de un deber que no debía serlo, cae desde entonces sobre el muchacho peligroso, que vuelve y vuelve á la Cárcel Modelo por el delito de «ser ya conocido como quincenario»... hasta que un día roba de verdad y se queda allí.

¿Cabe algo más absurdo y doloroso que esto de encerrar la primera vez á un individuo sin motivo, por no tener donde recogerlo, y tomar luego de razón para nuevos encarcelamientos el hecho de que ha estado en la cárcel?

Pues he ahí, doctor, á lo que se llega. Y eso es inevitable mientras no se ponga entre la calle y la Prisión Celular otros centros de corrección, en los que la corrección se llame enseñanza, y la disciplina cariño, y el castigo sujeción á un oficio ó un arte.

Mientras, serán inútiles todos los esfuerzos y el apostolado de ustedes; porque de nada servirá que se respete y se defienda la vida de los niños, si luego, cuando van a dejar de serlo, no se les prepara para que sean hombres buenos. La sociedad verá en ellos un peligro; la autoridad, acosándolos, les obligará a ser «gente maleante», para justificar su apartamiento de las gentes honradas; y ellos acabarán por ser verdaderamente criminales, porque odiarán a la sociedad que les impuso una vida desdichada.

BONIFACIO CHAMORRO

¡Ya están ahí!

Cerca de 5.000 mineros de Asturias, organizados en 25 secciones piden más jornal; sus patronos parecen dispuestos a darles, si no todo, parte de lo que piden, y el peligro de una huelga se elimina.

Pero surgen los católicos de Mieres; la fábrica, la odiada fábrica que llenó de hermanucos el valle, pone veto a las concesiones, y el canijo y antipatriótico Centro obrero católico envía a Madrid comisionados que contrarresten la acción de los legítimos representantes obreros, esto es, que digan, porque así lo manda el amo, que los mineros se encuentran bien con su miseria.

Impotentes para el bien ahora y siempre, los católicos no pierden ocasión de dañar a todos, y merecen lo que tienen; el odio de los buenos, la indiferencia de la masa.

Y si todo hombre y toda opinión merecen respeto y tolerancia, estos hombres y estas ideas, no. Procurando el mal, pónense fuera de la ley moral y se hacen dignos de que se les combata por todos los medios.

Nunca serán tan reprobables é inmorales como los que ellos emplean.

J. J. MORATO

La política de capa y espada

(Continuación.)

Verdad es que el reverendo no pudo achacar su última desgracia a los azares políticos. Fué ahorcado, más bien que por comunero, por asesino, pues, con intento de evadirse de su larga prisión, mató alevosamente al alcaide que le custodiaba.

Ni tampoco iba en zaga a su prelado aquel animoso clérigo y excelente tirador, que desde el muro de Tordesillas dió en tierra con once realistas, bien que con profunda devoción y caridad, pues los santiguaba y bendecía con su arcabuz, antes de dispararlo, para que subiesen derechos a la gloria eterna.

Y a los clérigos se debió muy principalmente la guerra de las Comunidades. Trescientos de ellos militaban, en sagrado batallón, a las órdenes de Acuña, y el que no tomó las armas predicó el alzamiento como si fuera cruzada contra infieles (1). Hubo fraile, como

Pablo Villegas, demagogo tan ardiente que predicaba nada menos que el exterminio de todos los nobles.

El mismo fray Antonio de Guevara, más tarde obispo de Mondoñedo y furibundo imperialista entonces, que con tanto ingenio como pasión escribió de aquellos sucesos, anduvo bajo capa de mediador, de una parte a otra, no para concertar paces entre ambos bandos, sino para contratar la traición que al partir lo comunero hizo su caudillo don Pedro Girón.

Para que nunca faltara muestra de cómo el antiguo clero entendía los preceptos evangélicos, Felipe II tuvo un confesor, fray Diego de Chaves, quien sostenía, con ocasión de la fuga de Antonio Pérez, la cruel doctrina de que los reyes tienen derecho para asesinar y envenenar cuando no es posible cumplir de otra manera los fallos de su justicia.

Pero comienza el siglo décimo séptimo y con él el reinado de los confesores de S. M. que alcanzan el primer papel en las intrigas palaciegas.

El confesonario es entonces para el clero lo que antes fué el campo de batalla: allí lidia y allí vence, allí crea los ministerios y derriba a los privados. Son sus armas la absolución y la cruz, el cielo y el infierno diestramente manejados: su campo la superticiosa conciencia de los reyes austriacos.

Entonces se ve a fray Luis de Aliaga, ingrato a los favores del duque de Lerma, conspirar contra él con Uceda y Olivares, hasta hacerle descender del ministerio, y conspirar también con el jesuita Florencia y el franciscano Santa María contra el marqués de Siete Iglesias hasta hacerle subir al caldoso (2).

(1) Uno de los curas que predicaban en pro de la comunidad, el de Medina, de Avila, solía dirigir, en todas las misas y fiestas, a sus feligreses la siguiente exhortación: «Encomiéndooos hermanos moys, un Ave María por la santísima comunidad, porque nunca caiga: encomiéndooos otra Ave María por Su Majestad del Rey D. Juan de Padilla, porque Dios le prospere: otra por S. A. la reina nuestra señora doña María de Padilla, porque Dios la guarde: que a la verdad estos son los reyes verdaderos que todos los de hasta aquí eran tiranos».

Pero como cierto día Padilla y su soldadesca hicieran estancia en el lugar, cambiaron tanto las opiniones políticas y el entusiasmo comunero del párroco, que su primera plática fué esta: «Ya sabéis, hermanos míos, cómo pasó por aquí Juan Padilla con sus gentes de guerra, y cómo sus soldados no me dejaron gallina y me comieron un tocino y me llevaron una tinaja, y me llevaron a mi Catalina, dígoles porque de aquí adelante no roqueis a Dios por él sino por el rey Don Carlos, y por la reina doña Juana, que son reyes verdaderos y dad al diablo esos reyes toledanos».

Todo lo cual, si acaeció como lo refiere el obispo de Mondoñedo, muestra en una sola pieza la disciplina de la comunidad, la mucha firmeza política del clérigo y también sus buenas costumbres domésticas.

(2) La fina enemiga que el clero tenía contra Lerma, Calderón y otros ministros de aquel tiempo, no le impedía participar alguna vez del provecho de sus inmundicias. Los frailes mercenarios de Madrid fueron, si no cómplices, encubridores de los hechos del secretario Franqueza. Cuando le fueron confiscadas sus riquezas, parte de ellas se encontró oculta en el convento de la Merced, a consecuencia de lo cual estuvieron presos el prior y varios padres de aquella santa casa.

Véase luego intrigar contra Olivares y acaso le hubiera derribado si el conde-duque, conecador de las mañas del reverendo padre, no le desterrara oportunamente a su convento de Huete, denunciándole además al Santo Oficio como sospechoso de luteranismo.

Véase después al arzobispo de Granada, D. Garcerán Alvañel, ayudar en la conspiración palaciega que hizo cambiar al soberbio conde-duque su cargo de primer ministro por el de modesto regidor de Toro (1).

Más tarde se ve al padre Montenegro, confesor de Carlos II, conjurarse contra Valenzuela en favor de D. Juan de Austria.

Y sigue aquel padre Reluz, que llevado expresamente al confesonario regio por Austria para que fuera instrumento de su política, se revuelve y conspira contra el mismo D. Juan, porque no le cumple todo lo que le prometiera: aquel Reluz, tan cortésano del poder, que después de trabajar desesperadamente contra Medinaceli, cuando le ve, a pesar suyo, nombrado primer ministro, quiere ser el primero en felicitarle, llevándole en persona la grata nueva y el real decreto, y luego torna a trabajar contra el duque con ardoroso celo, mas con fortuna tan mala que solo consigue perder su provechoso oficio.

Viene a poco tiempo aquel Fr. Pedro Matilla, ingrato como Aliaga, vengativo como Reluz, y resentido del conde de Oropesa, porque no le nombra presidente del Consejo de Castilla, tras haberle nombrado confesor, fagua con los arzobispos de Toledo y Zaragoza la conjuración que dió en tierra con el gobierno de su favorecedor.

Y aparece entonces la figura del cardenal Portocarrero, como estrella que domina los horizontes políticos en los últimos días de la casa de Austria y los primeros de la de Borbón.

Era este prelado hombre tan perseverante para hacerse valer como voluble para seguir el partido que le llevara más pronto a sus fines: cualidades propias de los grandes ambiciosos que tienen pequeños méritos, como eran los suyos. Corifeo del partido austriaco al comenzar las controversias sobre la sucesión del reino, bien pronto, por celos del almirante de Castilla y por halagos del habilísimo embajador conde de Harcourt, pasa a ser el agente más principal y resuelto del partido francés. Vence y derriba al P. Matilla, de quien fué durísimo censor y enemigo, y entrega el confesonario a aquel Fr. Froilán Díez, que tomó parte tan activa en

(1) El clero no se ocupaba solamente en las intrigas del confesonario. Cuando la ocasión era oportuna, solía reverdecerse en él su antiguo espíritu guerrero.

Los frailes y curas catalanes fueron motores eficacísimos de la revelación contra Felipe IV, predicándola como guerra justa y religiosa. El canónigo de Urgel, Pablo Claris, fué el revolucionario más ardiente de la junta de Barcelona. El clero cortésano, lejos de sosegar la tormenta con su prudente mediación, inclinaba al gobierno al rigor con palabras tan impropias de un ministro de Dios, como estas que el cardenal Borja pronunció en el consejo del rey: «El fuego de la infidelidad y la revelación no se extingue sino con ríos de sangre».

Por su parte los jesuitas ayudaron a la insurrección de Portugal con sus predicaciones y también con auxilios materiales.

la farsa de los hechizos. Portocarrero acaba sus empresas políticas forzando, con las armas espirituales, la voluntad del rey en los instantes supremos de la agonía, y cosecha el fruto de sus asiduos trabajos subiendo a ministro y gobernador del reino en los primeros tiempos de Felipe V. La brevedad de su gobierno no correspondió, sin embargo, a la constancia con que lo había perseguido.

El advenimiento de la dinastía francesa señala la decadencia del clero español en la política, así como el advenimiento de la dinastía austriaca señaló la decadencia de las costumbres guerreras del episcopado.

Pero no es que los ministros del altar se recogieran en el seno de sus iglesias olvidados de sus pasiones políticas, y atentos sólo a sus deberes y cuidados religiosos. No; la influencia clerical continúa: pasa, sí, de las manos del sacerdocio nacional a las del sacerdocio extranjero, y gobiernan los negocios de España los Estreás, los Daubenton, los Alberoni, los Júdice, los Caraccioli y los Platania.

EUGENIO SELLÉS

(Continuará).

Morir matando

D. Osofre Sigüenza, cura de Palma de Mallorca, salió al campo a cazar perdices, con arreglo al versículo 380 del capítulo 800 del Evangelio de San Apolicio.

Una comete la candidez de ponerse a tiro, y ¡pum! se echa el hisopo a la cara, y ¡Dios la haya perdonado!, cae muerta entre unas n atas.

Sale el ministro de la religión de paz a cogerla, llega jadeante, le da un síncope, formula tres ó cuatro saltos sobre la madre tierra, y finiquita como un simple mortal.

¡Cuántos individuos de su respetable clase envidiarán su suertel! ¡Morir matando! ¿Hay nada más en consonancia con la tradición santa?

Que se lo pregunten a los curas aquellos que en nuestras guerras civiles salían a cazar liberales con el mismo religioso fervor que ese de Palma perdices.

Buena intención, pero...

El doctor Ruiz Albeniz publicó el miércoles en *El Liberal* un artículo titulado *La Salud y la Iglesia*, demostrando científicamente que toda la salud que el alma inmortal puede ganar concurriendo a los templos la pierde el cuerpo percedero. Una de las cosas que en él dijo fué esta:

«A la entrada de los templos suele haber un pequeño crucifijo, que recibe al cabo del día millares de besos; en el interior, donde se veneran imágenes de fama milagrosa, los devotos una y cien veces ponen sus labios en los pies ó en lugares determinados de la imagen ó estatua respectiva. Hay quien, por exceso de humilde contrición, hace cru-

ces con la lengua en el pavimento, tal vez a cruz por pecado. Los más, se estacionan horas y horas en la casa de Dios, hasta que los primeros síntomas de asfixia, los vértigos y la opresión respiratoria los echan a las calles.»

«¿Sabe la devota que deposita sus labios en los pies de un crucifijo qué boca fué la que lo besó antes? ¿No pudo ser la de una pecadora de amor, de la carne, que en la carne deja su sello mortal y corrosivo? ¿Sabe el que humedece con su lengua las losas del templo qué planta humana se posó antes en el pavimento y lo que pisó aquel pie en su deambular por la ciudad?»

«Nuestros templos, lóbregos y malsanos, porque en ellos no entra jamás el sol, como si éste no fuese obra del Divino Hacedor y sí del Angel Rebelde, y se le considerase, por tanto, indigno de bañar con su luz purificadora la casa de Dios; nuestros templos, mal ventilados y mal olientes, con ventanales en la bóveda, que sólo establecen corrientes de aire en la atmósfera alta de las naves, son, á causa de la mezcla de gentes que los visitan, procedentes de todas las clases sociales, y no todas puras y sanas, un verdadero horno de incubación, una enorme redoma pléutica de venenos.»

«Curioso sería hacer un raspado en los pies de una de esas sagradas imágenes que besan devotamente los fieles, llevar el polvo al laboratorio y examinar con la escrutadora mirada del microscopio su fauna microbiológica y su flora bacteriológica. A buen seguro que se encontrarían gérmenes de todas las enfermedades infecciosas conocidas, porque, por desgracia, los bacilos de Koch, Electk Methnicoff, Nordstaissen y otros muchos, gérmenes productores de la sífilis; la tuberculosis, el cáncer, etc., no respetan sagrado alguno, y á los pies de la imagen sagrada del Redentor, lo mismo que en cualquier otra parte, hacen sus nidos, procrean y destilan el veneno, que puede matar á quien va en demanda de salud y vida.»

Comprendo y aplaudo la intención del doctor Ruiz de Albeniz al hacer esas advertencias: haz bien y no mires a quién.

Mas creo que debería haber pensado en que el clerical no se compone sólo de cuerpo grosero, si no también de alma sucia, aunque inmortal, y que la gorrinería no estuvo nunca reñida con la santidad.

Consultor de feligreses

Gijón.—Ahí le envío un número del periódico *El amigo del pobre*, para que vea las burradas que los clericales escriben, y le pregunto de paso: ¿Confesando á menudo y cumpliendo la penitencia, se puede difamar, robar, asesinar y faltar á todos los preceptos del decálogo?

—Hombre, yo creo que no; sin embargo, los ejemplos que se ofrecen á nuestra vista á cada instante, me autorizarían á decir que sí. Con pocas excepciones, todos los que asisten á las

fiestas religiosas frecuentemente, son de moral dudosa. Cuando se va por vez primera á un pueblo, y se quiere saber, sin preguntarlo, quienes lo explotan, lo dominan y lo saquean, no hay más que presenciar una procesión y ver los que van más cerca del cura. Aquellos, aquellos son indefectiblemente. Por lo tanto, no digo que sí ni que no.

Nuestros antepasados tenían de esto idea perfecta. Decían:

«En puerta de rezador, no pongas tu trigo al sol.»

Adagio que podían haber completado diciendo:

«Ni á la sombra tampoco, porque lo hacen noche también.»

El mayor mal de los males...

El ayuntamiento liberal de Torre Miguel Sesmero votó este año 130 pesetas para velas que alumbrasen á la Virgen de la Candelaria.

Pesetas son para una Virgen cuya advocación no da la menor idea de la oscuridad.

No sé qué cantidad hubieran votado esos concejales, si la Virgen llega á llamarse de las Tinieblas.

Quinientas pesetas lo menos.

El mayor mal de los males

es tratar con concejales...

Místicos.

Tolerancias católicas

Un diario católico local califica las *Hojas piadosas* de Nakens en la forma más dura que halla á mano; se duele de ellas y excita á las autoridades á que se preocupen de este asunto, procedan á recoger las tales hojas y persigan á los que las reparten, sin tener para nada en cuenta que no son clandestinas, que ven la luz pública con autorización de la justicia y la de los clérigos de capa corta de la *Defensa Social* de Madrid.

Audido diario es el que anunciaba á sus lectores unas *Hojitas católicas* llenas de groserías, de impropiedades y de infamias contra los liberales, hojitas que aunque en Madrid se administraban, en la imprenta del periódico integrista de Badajoz veían la luz por cantidades enormes; ese periódico es el que se complacía en una labor contraria á la de Nakens, pero sin las condiciones que abonan la de Nakens; ese periódico, el que jamás tuvo una frase de protesta para tan calumniosas invenciones y para un lenguaje tan desusado, ni nunca pidió la intervención de las autoridades para recogerlas y perseguir á sus autores y propagadores.

Las hojas de Nakens le parecen infernales, merecedoras del fuego.

Las católicas, angelicales, santas.

Los lectores, las personas imparciales juzgarán de tan diverso criterio y conducta.

La Coalición (Badajoz).

EL MOTIN



Procesión de un Auto de Fe en Goa.

(Estampa de la época).

Ayuntamiento de Madrid

Hechos de la Iglesia

Una santa en el poíro de la Iglesia

Doña María de Cazalla, hermana del Obispo Cazalla, confesor del Cardenal Cisneros y tía de Agustín de Cazalla, predicador del Rey. Esposa de Lope de Rueda, cuñada de Pedro de Rueda y madre de Pedro de Rueda.

El hecho que vamos á relatar, tiene toda su importancia en las condiciones personales de la martir, en las circunstancias ambientes y en el modo de proceder de la Iglesia. Por razón de estas circunstancias, el tormento que en otro caso parecería *benigno*, es aquí un escarnio salvaje de la dignidad de la mujer, de la madre, de la esposa y de la dama.

Apenas enterrado el Cardenal Cisneros, primer ministro del rey, envenenado en Ayllón mediante unas truchas por el que luego fué Papa, Adriano VI, llamado entonces *Cardenal alemán*, ocurrió lo que es tradicional virtud de la Iglesia: que se desencadenó contra los amigos del difunto una persecución de exterminio de parte de los aduladores del alemán.

Estallaba, al propio tiempo, la revolución religiosa, tan poco conocida y tan mal estudiada; revolución mucho más honda en España que en Alemania, bien que allá se tradujo inmediatamente en triunfos políticos, y acá se contuvo en los bajos fondos de la conciencia de los intelectuales, que en sus principios y conclusiones iban mucho más allá que los protestantes, y cuyos misteriosos orígenes no he podido puntualizar, bien que puedo acusar de equivocadas las explicaciones que de ellos he visto.

En esta tendencia española predomina el misticismo sublime, del cual nacieron, por generación del maestro Avila, hijo del núcleo que vamos á estudiar, Santa Teresa de Jesús y San Juan de Dios, con sus respectivas escuelas por el lado de la fe bienhechora; y la Compañía de Jesús y otras similares, por el lado del escepticismo hipócrita, que firgiendo fe no cree, fingiendo rezar blasfema, y esconde el mal dentro de la vaina del bien.

Aque la primera escuela, que llamaremos mística, era una restitución del catolicismo al espíritu cristiano y evangélico, afirmando como principio radical la unión íntima y perenne del espíritu humano con el espíritu divino; y por ende, encerraba en principio la negación del clero, la negación de la Iglesia y la negación del culto: toda la vida es un sacramento continuo, una palpación espiritual constante del espíritu humano que busca el bien, y del espí

ritu divino que con el aliento lo inunda como efluvio universal.

No era la materialización del espíritu, ni el panteísmo materialista grosero, sino la espiritualización de la materia y la pandivinización del Universo: este es lo que podríamos llamar *teresianismo*, en cuanto, en gran parte, Santa Teresa lo encarnó.

Al revés la otra rama: produjo un materialismo bajuno, que tomó como disfraz algunos aderezos de aquella mística, y en esto paró el *ignacianismo* ó sea el *jesuitismo*, cuyos apóstoles tomaron el rábano por las hojas. Falto de ingenio para remontarse á la sublime región mística, ingirieron principios que no pudieron digerir y que se asimilaron por fuerza, naciendo, en vez del místico, el hipócrita; en vez del apóstol, el gitano mercader; en vez del mártir heroico, el zorro cobarde: en fin, místicos por fuera, truhanes por dentro, y en el conjunto, perversos mamarrachos.

Estas dos escuelas se separaron visiblemente en dos ramas distintas, formando *órdenes religiosos*, después de 1540, pero sus individuos anduvieron mezclados y revueltos antes de aquella fecha, viéndolos merodear juntos y confundidos por Medina del Campo, Valladolid, Salamanca, Guadalajara, Nájera y Alcalá especialmente, corriéndose de uno á otro lado sus gentes, con núcleos estables formados por algunos vecinos de cada región, sirviendo otros de células de comunicación, al cual orden parecen pertenecer el bachiller Medrano, de Navarrete, el capitán general de todos ellos, F. Bernardino de Tovar, el mercader Diego Castillo, el Iñigo López (Ignacio), el impresor de Alcalá, Miguel Egula, y algunos otros.

Tenían de asilo para sus conventículos, el palacio del Almirante, en Medina de Rioseco; la casa de Pedro Cazalla, en Valladolid; el castillo señorial de Castillejerío (cuyos señores eran hijos de María de Guevara, aya de San Ignacio); la fortaleza en Villabaquerín (también de otros hijos de doña María). En la Rioja, el palacio de los duques de Nájera en Navarrete (á quien sirvió Ignacio); y en Alcalá, Escalona y Guadalajara, tomaban asilo en los palacios del duque del Infantado y del conde de Pliego, duque también de Escalona. Pajes, músicos, capellanes y camareros, todos andaban revueltos en estos conventículos, entre frailes místicos unos, barbianes otros, dividiéndose en dos clases: paganos éstos de todas las costas; vividores aquéllos y chupadores de todos los provechos; de donde resultaba que aquella mística, mezcla de sublime y de pardo, servía entre ambos partidos como de sifón por donde el dinero del bolsillo de los sinceros pasaba al de los perillanes.

Uno de los principales centros de este movimiento fué Guadalajara, y dos de los genios más superiores, el contador del marqués de Villena Pedro Ruiz de Alcaraz, y D.^a María de Cazalla, esposa de Lope de Rueda.

No podemos dar aquí notas de su proceso: baste decir, con seguridad de no ser desmentidos, que en todos sus dichos y hechos se revela siempre como una mujer genial, digna émula de los genios femeninos más encumbrados, vivaz de ideas, serena de raciocinio, aguda de frase, magnífica en sus sentimientos, brava en la adversidad, en fin: una mujer superior de las muchas que aplastó con sus inmundas patanzas el poíro de la Iglesia.

Por motivos largos de contar y siempre villanos, cayó sobre ella la Inquisición, arrancándola de brazos de su esposo y de sus seis hijos, el mayor de ellos Catalina, de veintidós años; el menor, Ana, de cuatro, y Pedro, estudiante de Alcalá, con su primo Agustín, que debieron ver y tratar al Iñigo en 1526 y 1527, y que más tarde habían de alumbrar al mundo desde la hoguera de Valladolid.

Era hermana del difunto obispo de Troya, fray Juan Cazalla, confesor del Cardenal Cisneros; y por su talento, por su posición y por sus virtudes, digna de figurar entre la aristocracia de la época.

En 1532 es encerrada en los calabozos del Santo Oficio. El cargo principal que se le hace merece ser conocido. Acúsasela de haber dicho que «nunca se creía más íntimamente unida con Dios, que cuando estaba en el acto conyugal». La Inquisición grosera é indecente, los teólogos celibatistas é inmundos que llevan la inmundicia como lente en los ojos y como tubo acústico en los oídos, eran incapaces de comprender la pureza inefable de esta expresión. Renegados ellos de la religión de la Vida, apóstatas del linaje, desertores de la humanidad, antropóforos de la posteridad, blasfemos del Dios Amor, ellos, los inmundos vírgenes, tacharon de impura esta frase sublime, se escandalizaron de ver que una mujer se sintiese endiosada en ese instante en que junta en su ser en una sola sensación, el latido eterno del tiempo pasado y el anhelo eterno del futuro, en este espasmo absorbedor de todos los sentidos y que por ser sobrehumano hace hincar de hitos la razón.

Cuando no tuviese otro mérito, esta sola frase la merece el título glorioso de *mártir* de la Santa Naturaleza, y de amazona de la Familia.

Por lo cual su tormento es uno de los mayores ultrajes que ha cometido contra la humanidad, este monstruo venido á insultarla, profanarla, degradarla, enlodarla y escupirla.

..

El tormento este es una horrible blasfemia contra el amor, contra el honor del sacramento conyugal, contra el misterio de la vida, contra el sagrario este de donde nacieron todos los inquisidores renegados de sí mismos, todos los santos vírgenes ultrajadores de sus madres, todos los papas castradores de sus propios padres, todos los Mesías, desde Brahma á Mahomá.

Y hé aquí esta blasfemia cantada por el coro de coirades, canónigos, sacristanes, obispos, frailes, monjas y papas, encarnados en el Santo Oficio.

Acta del Tormento

de D.^a María de Cazalla. (1)

Sentencia de tormento

Visto este proceso y los méritos dél, y como la dicha María de Cazalla no ha querido manifestar la verdad, fallamos atentos los méritos del dicho proceso y todo lo en él contenido, que por las sospechas que resultan dél, contra la dicha María de Cazalla, de las dichas proposiciones heréticas y sospechosas que le han seydo leydas que las a dicho y tenido y fecho y creydo: que la mandavan y mandaron poner á cuestión de tormento, en la qual le mandavan estar hasta que dijese la verdad ó hasta que se purgase de los indicios y sospechas que ay contra ella del crimen de la heregía: lo qual to o mandamos según como dicho es por esta nuestra sentencia, y protestamos que si la dicha María de Cazalla, estando en el dicho tormento muriere ó algún miembro perdiese ó ubiere efusión de sangre, que sea á culpa de la susodicha y no á la de sus mercedes.—El Licenciado Joan Yñz.—Doctor Vagner (2).—El Doctor Girón de Loaysa.

Notificación

El luego, el dicho día, nueve horas del dicho mes de Octubre de 1534 años, fué notificada por los dichos señores inquisidores á la dicha María de Cazalla.

El luego dijo la dicha María de Cazalla, leído y preguntado lo contenido en dicha sentencia, que ya tiene dicha la verdad.

Ala Cámara

El luego los dichos señores inquisidores mandaron llevar á la cámara del tormento á la dicha María de Cazalla, y estando en ella sus mercedes la tornaron á amonestar muchas veces que dijese la verdad de lo que ha sido preguntada.

Dijo y respondió que ya la tiene dicha.

La hermana del obispo, en camisa ante los prelados

El luego la mandaron desnudar hasta quedar en camisa, y dijo la dicha María de Cazalla: «¡y á las mujeres hacen desnudar!»; e luego dijo la dicha María de Cazalla «a donde fuerza viene...»; y no di-

jo más, y muy desenvueltamente se empezó á desnudar y dijo «¿que hasta qué tanto la habían de desnudar?», y diciéndole que hasta la camisa, la susodicha dijo: «¿á los que confiesan y no confiesan la verdad, y á ella que tenía confesada la verdad?», y «¿que para el día del juicio los emplaza?» y que «á los que dicen la verdad así los an de tratar», y que «mucho más se teme a la afrenta que la pena—ansí, maestrico Diego Hernández!»...

Y diciéndola que dijese la verdad dijo que muy mal la conocían, que desde el primer día la hubiera dicho, y que no tiene que decir más, y que la atapen los ojos porque ella no se vea, y estando desnuda dijo: «¡o rey del cielo y atado tú á la columna desnudo!»

Fuéronle atados los brazos uno á otro con un cordel por las muñecas. Y dijo: «¿qué no me quiten aquí la vida, y que así lo protesta por que quiere morir como cristiana, y que aunque aquí muera morirá como tal.» Maestrico Diego Hernández, pues tú lo verás y los otros también. Redentor del mundo: Jesús, adorado serás tú en la cruz y adórote: en el pesebre naciste por mí; no mas; pues soy flaca... ¡poramala tengáis tanta fuerza contra los flacos!» y dió algunos gritos y dijo así: «que por los falsarios los inocentes.»

Y siendo atada los dichos brazos fué tornada amonestar dijese la verdad, dijo: «dicha la tengo».

La escalera

Fué mandada poner en la escalera de dicho tormento. Y estando en ella, dijo: «Ay Señores: ¿porqué creéis á mentirosos?» y dijo: «Señor: suple tú que suel los suplir en las necesidades: yo te confieso y adoro, y dame esfuerzo en la tribulación. No lo hice, señores, y si tomáis sobre vuestras conciencias, y aun esto no sé si lo haré.» Fué empezada á ligar en el dicho tormento y fué amonestada, y dijo que tiene dicha la verdad, y dijo así: «Como yo te creo en el Sacramento del altar, así me ayudas.»

Descanso del Verdugo

Fuéle dicho si quiere que le lean aquellas proposiciones de que ha sido preguntada para hacerlo traer á la memoria.

Dijo: que muy bien estudiadas las tiene, que no quiere que se las lean, y que como Dios sabe que son falsedades la libre, y no más, y que hiciesen sus mercedes lo que mandaren.

Ella atada y ellos leyendo

Fuéronle leydas las preguntas hasta la veinte y una, y siendo amonestada dijese la verdad, dijo: cada una de ellas que ya tenía respondido y dicho la verdad.

Apretando para sacar la «verdad» ó la sangre

Fuéle mandados apretar los cordeles de los brazos, dijo: «y más se an de apretar»; y empezándole apretar el cordel del brazo derecho, dijo: «¿qué queréis que diga? ¿queréis que diga falsedad?»

¡Asesinos!

Fuele dicho que no diga sino la verdad. «No pequé Señor mío, tú lo sabes. Señor San: Esteban, señor Sant Lorenzolo... Señores Sant Simón y Judas á

quien yo me tengo prometido... ¡Y esto á los inocentes... y qué inocente no confesará lo que ha echo enorramalal... Gaspar Martínez, mucha fuerza te neys: ¿quereys que mienta?» y dijo: «á los ganapanes con tanta fuerza, que no á los flacos, que me ahogo, que soy enferma.» Fué requerida que diga la verdad. Y dijo: «dicha la tengo: cata, que me dáis sospecha que me queréis matar.»

Fuéronle apretados los cordeles del brazo izquierdo.

Y dió gritos y dijo: «No matéis las gentes, dejadlos vivir: mira que me ahogo; que tengo los brazos sobre el estómago.» y dió un gran grito.

Fué amonestada que diga verdad.

Otra estación

Y dijo que dicha la tiene. «Pues no me confesaria. ¡A tí, Dios, me confieso! Fuéronle mandados apretar los cordeles de las piernas y siendo amonestada que diga la verdad.

Dijo que dicha la tiene y dió gritos y dijo: ¿por qué creéis á los mentirosos?»

Fué tornada á monestar que dijese y declarase la verdad; dijo que dicha la tiene.

¡El infierno!

Fué mandado se le atase la cabeza con un cordel y le fuese echado un jarro de agua encima de una toca sobre la cara, boca y narices. Dijo: que les encomienda rueguen á Dios no desfallezca en el tormento ó que no se levante testimonio. Fuele atada la dicha cabeza y puesta la toca; y empezósele á dar el agua; y antes que se le echase siéndole dicho que digere verdad antes que se le echase el agua porque después no podría en echándosela. Dijo que ¿cuál era más recio el fuego del infierno ó el agua?»

¡El diablo inquisidor...!

Empezósele á echar el agua con un jarro que cabe media azumbre, poco más ó menos, y continuósele el agua asta que fue acabado el primer jarro de agua, y dijo que la matan sin culpa. Fuéle mandado echar otro jarro de agua y fué amonestada que dijese la verdad; mandaron cesar el agua, y dijo que dicha tiene la verdad.

¡Y no dijo nada!

Tornósele á continuar, y dende á poco, cesó de dárselo y dijo: «¡Oh cruel verdugoll y no dijo nada; acabósele de echar el dicho segundo jarro de agua, y siendo requerida dijese la verdad.

Dijo: que así Dios la libre como tiene dicha la verdad.

Por ser tarde, que sino...

El luego los dichos señores inquisidores, dijeron que por ser tarde mandavan y mandaron cesar el dicho tormento y quitaria del á la dicha María de Cazalla, con protestación que hicieron que si quitada del dicho tormento no dijese la verdad, se lo tornarán á continuar conforme á lo que es á votado en su proceso, y así cesó el dicho tormento y fué mandada quitar del; dió fe y administróse el dicho tormento por Gaspar Martínez, portero del Santo Oficio; y yo, Francisco Ximenez, notario, fui presente.

Item dijo después de salidos de la de tormento los dichos señores inquisidores la dicha María de Cazalla en

(1) Archivo Histórico Nacional. Inquisición de Toledo. Legajo 110, núm. 11. Fecha del tormento, 6 de Octubre de 1534.

(2) Este inquisidor Vagner, fué gran amigo de San Ignacio, gran jesuita de capisayo. Inquisidor sanguinario que llenó de hogueras y de jesuitas toda Cerdeña.

presencia de mí el dicho Francisco Ximenez; notario, que más valga quedar manca que condenada.

//.....//

María C. Zilla era una ilustre devota, piadosa y excelsa, dama distinguida, entendimiento cultivado, madre de muchos hijos... ¿Qué dirán ante este cuadro las Hijas de María, las Terciarias y las aristocráticas rondadoras de frailes?

Y todo esto y otros procesos se originaron de la rivalidad de unos frailes con otros, en la posesión de una camarera llamada Ana de Soria...

Después de desnudarla en secreto la escarnecen en público

Siguióse todavía el proceso durante un mes. El 19 de Diciembre fué enviada á celebrar las Navidades en Guadalupe, oyendo misa en día solemne, en su parroquia, junto á la primera grada, «de pie y en cuerpo y vela en la mano». Costas del proceso, incluso el verdugo y viajes de los que le prendieron, y 100 ducados de oro para regalo de los inquisidores y sus mancebas.

Con lo cual aprendió que la mujer para endiosarse canónicamente debe, en caso de tener hijos, dárselos á los gatos de Huesca ó devorarlos como Medea.

A. M. D. G.

La idea de Dios

Leo en *El Imparcial* del día 1.º del actual:

«A estas fechas todos los soldados del Ejército han cumplido con la Iglesia. Es una de las costumbres militares que más interesaría á los extraños si la presenciasen.

En uno de los dormitorios más amplios del cuartel se reúne la fuerza del batallón: la hora entre retreta y silencio, la luz muy brillante del recinto y la seriedad del acto dan solemnidad especial á la plática que el padre capellán dirige á los soldados.

La aplicación de las doctrinas de Jesucristo, todas duzura y mansedumbre, á los deberes militares, todos energía y bravura, es empírico del que el «páter» del regimiento sale siempre airoso; los soldados escuchan silenciosos aquellos conceptos en que el matar y morir por la patria forman los primeros mandamientos que, por ser ley de la Ordenanza, son ley de Dios. En los pecadillos mundanos se reza apenas; pero en los pecados contra la disciplina y la obediencia se profundiza seriamente; el «páter» soldado no puede sustraerse al recuerdo de sus campañas y tiene su plática piadosa algo sonoro y marcial, como el tintineo de las espuelas.

Al día siguiente la tropa acude, formada, á la iglesia, donde varios capellanes castrenses aguardan en sus confesonarios. La confesión es rápida; no hace tanto el «páter» en qué puede pecar un soldado. Los capellanes, como hombres que han visto mucho mundo, son indulgentes y no incurren jamás en el pecado de pesadez.

En campaña la absolución es colectiva y la bendición coge desde la punta de vanguardia hasta la extrema retaguardia. No es preciso llegar al tribunal de la penitencia; el buen cura se contenta con que se llegue á las posiciones del enemigo; un breve responso al romper el fuego, cuando la balala preludian la sinfonía; una bendición de cabeza á cola de la columna, y ya lleva uno todos los requisitos y el pasaporte espiritual.

Y, sin embargo, ¡qué grandeza tiene ese perdón bajo la inmensa bóveda del cielo y en el mismo lugar donde se mezclan la muerte y el valor!

He leído tres veces el articulito ese, y declaro que no sabría decir si está escrito en broma ó en serio.

Y al pensar en que allá, en Marruecos, los santones preparan también á sus creyentes para matar cristianos en nombre de Mahoma, ofreciéndoles como recompensa el Paraíso con huríes á todo pasto, exclamo filosóficamente:

«Para muchas cosas sirve la idea de Dios; mas en ninguna se manifiesta tan vigorosa y comprensible como en la de que debemos exterminar al prójimo que no piensa como nosotros.

Luego la idea de Dios es necesaria al hombre para impedir que el exceso de población haga imposible la vida en la tierra.

Y por esto el cura católico por un lado y el santón mahometano por el otro, excitan á sus respectivos creyentes al escabechamiento mutuo, cada uno con las frases y ceremonias de su ritual religioso.

Procuremos, pues, mantener vivo en las almas ese sentimiento sublime que deja actualmente tendidos en tierra tantos cuerpos en los campos del Rif, del uno y del otro bando.

Comedias clericales

En Vitoria se ha inaugurado una Casa de Obreros católicos, que ha regalado el Obispo á los de aquella ciudad; y al decir el obispo, entiéndase: los que han soldado los cuartos.

Hubo misa, sermón, bendición, confesión, comunión, café con leche y panecillo para los de abajo, y un delicado lunch para los de arriba, sin duda con el objeto de dejar bien sentado que podían ser todos iguales ante la mesa eucarística, pero que ante la de los *gaudeamus, nequaquam*.

¡Ah! También hubo discurso episcopal, social y bendición papal.

El clero calumnió á la Iglesia atribuyéndole la abolición de la esclavitud, y los obreros renunciaron á la dignidad humana regalándole al obispo un báculo, símbolo inequívoco de que aspiran á ser arreados y apaleados siempre. Unas obreras de la Sociedad «La Blanca», le ofrecieron una mitra, signo de caridad, no sé por qué.

Y colorín colorado, ya está el relato acabado, y el trabajo degradado, y el clero regocijado.

Lo malo para todos los que preparan esas farsas religiosas sociales, está en que á lo mejor se les ocurre á los mineros de ésta ó á qué la nación cruzarse de brazos, como los de Inglaterra ahora, y ¡boca abajo todo el mundo! Nadie sabe ya qué hacer, ni qué decir, ni á qué carta quedarse, ni cómo arreglar el problema.

Y todas esas misas, bendiciones y comuniones, carecen entonces de eficacia para detener á las masas que reclaman sudorecho á la vida, convencidas ya de que ni Dios viste á los lirios ni da de comer á los pajarillos del campo. Menos mal, menos mal...

Remitido

Sr. D. José Nakens:

Respetable señor: ruegole me dispense la libertad que me tomo al poner en conocimiento de usted lo que está sucediendo en esta capital.

Desde hace tiempo se detiene por antojo y capricho á muchos individuos que no cometen otro delito que el de no estar conformes en ser esclavos de la burguesía. Estas detenciones las hacen los agentes gubernativos, imponiendo desde dos quincenas hasta ocho seguidas sin salir á la calle. Si usted llamase la atención de los diputados republicanos sobre esto, quizás hicieran algo por los oprimidos faltos de todo amparo.

Un millón de gracias en nombre de todos y de su seguro servidor G. B. S. M.

FERMÍN IGLESIAS

Hay unos 60 detenidos en la Carcel Modelo.

Valencia, 26, 3, 12.

Inserto ese remitido, no por creer que se remedie el mal señalado en el, ni que los diputados republicanos se ocupen del asunto. Cuando estuve en la carcel hice una campaña contra esa iniquidad de las quincenas, y como si no.

¿Que por qué lo insertó entonces? Por dar á los que sufren tales injusticias un momento de alegría, al ver que alguien se ocupa de ellos.

Verdugos y asesinos de niños

II

El Correo Español, dijo, refiriéndose á la secuestradora de niños de Barcelona, Enriqueta Martí:

«La industria barcelonesa del secuestro y degollación de chicos es genuinamente republicana y radical y está unida con un misterioso vínculo moral con el ferrouxismo.»

Y le contesta en *El Diluvio*, Fray Gerundio:

«No, colega; el secuestro, violación y degüello de niños es industria genuinamente católica y monástica, y á demostrar esto tiene este articulejo.

¿Cuántos republicanos han subido al patíbulo por verdugos y asesinos de niños? Pues curas y frailes los ha habido á centenares. Enriqueta Martí tenía

su casa plagada de Cristos y estampas religiosas; como buena bruja, alardeaba de católica y de rezadora; seguramente á estas horas ya habrá confesado y comulgado en la cárcel varias veces y no sería nada de extraño que un día oyéramos exclamar á las hermanas de la Caridad, que con tanto cariño la tratan, que *era una santa*. No se alegre prematuramente la Preussa nea, que aun está el rabo por desollar; y aunque no sea lícita la investigación de la paternidad, lo cierto es que María Pujaló, después de viuda y residir en Vilasar, ha dado á luz, lo que se llevó á cabo con gran misterio, no sólo para velar por el honor de la viuda frágil, sino para impedir que se rastrease quién era el *padre*, que ya saldrá á relucir, pues más ó menos tarde tirará el diablo de la manta; porque en esta ciénaga de horrores infantilizadas tiene que haber forzosamente fango sagrado, y si no al tiempo.

Otra gran atormentadora de niños fué en nuestros tiempos la cita la Juana Weber, la cual llenó de terror en Francia á los padres buenos y cariñosos. No que caía en sus manos, aunque sólo fuera por momentos, era estrangulada enseguida, ora oprimiéndole el cuello ó el torax, asfixiándole. Mientras que este monstruo realizaba estos infanticidios, se entregaba á repugnantes prácticas impuras que la sumían en una especie de éxtasis, siendo para ello el exterior de agonía y las angustias de muerte de sus víctimas un acicate para despertar su morboso erotismo, casi aniquilado. La Juana Weber tuvo en Francia sus defensores y sus enemigos entre los médicos y los periódicos, especialmente *Le Journal y Le Matin*: mientras para unos era una pobre enferma, una neurasténica irremediable, para otros era un monstruo de sadismo. Estuvo procesada des veces ó tres, no recuerdo bien, y de proceso á proceso comió numerosos infanticidios, hasta que fué reclusa á perpetuidad. Como síntoma del poco interés que para muchos padres tiene la vida de sus hijos, citaremos el detalle de que Juana Weber cada vez que era encarcelada por un nuevo crimen, recibía numerosas cartas de simpatía y muchos padres le hacían brillantes proposiciones para que cuando saliera de la cárcel fuese á su casa para *cuidar á sus hijos*. Y en una ocasión aceptó y fué á casa de un labrador viudo y al poco tiempo estrangulaba á dos de sus hijos. El buen padre ponía el grito en el cielo y la justicia fué tan benévola que no le llevó á la guillotina. ¿Qué clase de servicios podía esperar de una estranguladora de oficio, sino la muerte de sus pequeños?...

La Juana Weber era también religiosa á marcha martillo; en la cárcel y casa de salud, mientras estuvo reclusa, se señalaba por su fervor religioso, por su devoción á la Virgen y por la frecuencia con que confesaba y comulgaba á pesar de su *sport* de enviar ángeles al cielo. ¿Quién sabe! Quizás creía que realizaba un acto meritorio. Tiene tan profundos abismos la conciencia católica!

En 1826 residía en Roma un prelado llamado monseñor Traetto que tenía en su palacio un niño de trece años, á quien sometía á los martirios más horribles y al que hacía víctima de los

abusos más repugnantes. Con frecuencia le hacía pasar las noches desnudo á la intemperie, atado á los barrotes del balcón, y su mayor diversión era pincharle con un palo aguzado en las partes más sensibles de su cuerpo. Una mañana apareció muerto en su cama el obispo Traetto; sus familiares juzgaron en seguida que esta muerte había sido una venganza de la víctima infantil, tantos años atormentada por el prelado. Como el obispo había sido muerto á martillazos, condenaron al niño á la misma pena y á martillazos lo mataron en la puerta llamada del *Populo*; después despedazaron sus miembros y despedazados fueron expuestos al público, que estaba aterrado al ver la saña con que la Roma papal vengaba la muerte de uno de sus obispos. Algún tiempo después un enfermo miserable que se hallaba recogido en el Hospital del Espíritu Santo pidió confesión en el trance de la muerte y declaró que él había sido el asesino del obispo Traetto. ¡El niño descuartizado era inocente! León XII, que era Papa entonces, se quedó aterrado y no quiso en lo futuro volver á firmar ninguna sentencia de muerte. ¡A buena hora!

¿Quién no recuerda aquel famoso proceso que se formó en Madrid hace pocos años á la muy católica y piadosa señora duquesa de Castro Enríquez por atormentadora de una niña? En aquel palacio de la calle del Arenal todo respiraba piedad y ascetismo; en el oratorio se celebraban actos y cultos muy devotos y solemnes; la duquesa tenía un confesor y un capellán espléndidamente pagados; oía misa todos los días y confesaba y comulgaba con frecuencia. Esta señora había recogido en San Sebastián á una niña para *protegerla* y, efectivamente, la sometía á los mas crueles ratos, le daba de comer porque-rías, la hacía ir desnuda por el interior del palacio y le aplicaba á las carnes hierros candentes. El estado en que las autoridades encontraron á la niña produjo enorme indignación en Madrid; la duquesa fué llevada á la cárcel de mujeres, y su esposo é hijos, que eran personas dignísimas y que vivían separados de ella, pasaron por una de las mayores afrentas. En los periódicos de Madrid de aquella época (hará de esto unos veinte años) encontrará el que quiera minuciosos detalles de este asunto, al que se echó tierra si no recuerdo mal. La niña martirizada se quedó y su verdugo impune. También le había cortado el pelo, como la Enriqueta á la pequeña Guitart.

FRAY GERUNDO

INFORMACION

DE

"La Correspondencia de Aragón"

Juez especial

Con gran asombro de casi todos los habitantes de Huesca, el miércoles por la tarde llegó á la ciudad un magistrado, D. Enrique Robles Nisarre, nombrado juez especial en el horrendo crimen, divulgado en toda España, que se conoce con el nombre de «crimen de la calle de D.^a Petronila».

La estupefacción fué inmensa, y ma-

yor cuando se tuvo la certeza de que dicho señor magistrado de la Audiencia territorial, definitiva, rotundamente se hacía cargo del sumario que motivó la prisión del célebre mosén Prisco.

¿Es que hay *algo* extraordinario que motive la actuación de un juez especial, nada menos que la de un magistrado de la Audiencia territorial, ahora, cuando ya debe estar ultimado, ó casi ultimado el proceso, con toda la claridad de unas responsabilidades definidas, formuladas categóricamente, según se desprende de la negativa de ex-carcelación de un acusado?

El sustituir ahora al juez Sr. Izquierdo, llama grandemente la atención, pues haciendo dos meses que se descubrieron los restos del niño descuartizado, parece un poco extraño.

Así habla la opinión pública, que tiene gran confianza en cuantos han intervenido en el esclarecimiento del crimen.

La opinión se extravía. Cree que todo tiene relación con haberse denegado la libertad de mosén Prisco.

Y con ello no se pone en duda que el Sr. Robles cumplirá estrictamente los deberes anejos á la augusta función de la justicia.

Nos ocuparemos de esta cuestión con la necesaria prudencia y libres de toda pasión sectaria, extendiéndonos como cumple al ser tan importantísima.

Del Sábado

La oratoria sagrada

Tan estupendos sermones se han pronunciado por esos púlpitos de Dios; de tal modo han disparatado los inspirados por el Espíritu Santo durante la última Semana Santa, que voy á reproducir á continuación un sermón que hasta hoy pasaba por disparatado y chavacano, pero que, comparado con los de ahora, puede servir en adelante de modelo del buen decir, y ser puesto como ejemplo de elocuencia sagrada en los seminarios donde los jóvenes levitas se preparan para emular las glorias de Bosuet.

Sermón célebre

Plática que el cura de Chaorna, lugar de ducado de Medinaceli, predicó á sus feligreses el día de San Bernardo, la cual llegada á manos de S. M. por las de duque, sirvió para mandar que se le diese un beneficio simple al cura, pero á condición de que no predicase más.

Vos estis lux; ego sum pastor bonus

Hoy, fieles míos, celebramos la fiesta del señor San Bernardo sin que le sobre ni le falte día, y hoy lee nuestra madre la Iglesia el Evangelio que está escrito en la Biblia, aunque no falta quien diga que fué parábola. Esto no lo entendéis vosotros, pero basta que sepáis que es el Evangelio del Buen Pastor que dice: *Parce oves meas*. Y es preciso mezclar los evangelios y aún podríamos entre nosotros pedir la gracia. Ave María. *Ego sum pastor bonus, vos estis lux, vos estis sal.*

Creó Dios en el primer día á nuestro

Aún para que así viviese el puerco: infandióle sueño, dicen las lecciones del breviario en que yo rezo. *Adormivit in domino.*

Atended ahora á un realce que daré yo al texto. Dormido Adán como os digo, de su costilla (no sé si de la derecha ó de la izquierda, que esto no lo declaran bien doctores ni espositores) crió á Eva, la más liviana mujer que hubo en aquellos tiempos. ¡Oh Santo Dios! reflexionemos más sobre este punto. Antes de nacer Eva, era Adán hermoso, corpulento, fornido, sagaz, bien visto de todo el mundo; sus vecinos apreciaban mucho sus conversaciones; no había hombre que no anduviera con él; los frailes le consultaban; las monjas se subían por verle á las azoteas; él era en suma como los novicios entre las lechugas silvestres. ¡Válgate Dios por mozo, que me parece que le estoy viendo! Pero la pícaría de Eva, golusmera y amiga de saber y ver, le hizo comer de la manzana del Paraíso, que en pena de su inobediencia no permitió Dios que llevase más fruto, y les castigó con la maldición. Pero ¡oh, pícaronas, desolladas! que no ignoro cuanto me murmuráis con mi criada. ¿Pensáis que no sé que me andáis royendo los zancajos, diciendo que si volvió, que si tornó, que si fué, que si vino, si por arriba, si por abajo?... Pues considerad que llegará aquel día, *Dies ire Dei illa*, como dice San Pantaleón, doctor de la Iglesia. Y aun cuando ella y yo hayamos sido malos, no seremos los primeros en el lugar; y sino Hilario Alonso y la mujer de Juan Gil, digan cómo andan, y digan los bribones si lo consienten ó no. Hablen también la viuda de Huertecillos, la de Maximino Andrés, (que santa gloria haya), hable una y otra, y para no cansar, hablen todos y todas lo que me tienen comunicado en casa y en el confesonario. Y finalmente, diga el señor alcalde, que está presente, lo que me tiene comunicado y consultado sobre el particular. Pues miraos, hijos míos, que hay demonios que cargarán con todos vosotros los que me estáis oyendo. No lo permita el Señor. *Vos estis lux vos estis sal.*

Ya he probado el primer punto: paso y voy al segundo, aunque el tratar con vosotros sutilezas y conceptos es lo mismo que echar margaritas á puercos. *Vos estis lux vos estis sal.* ¡Qué gran santo fué San Bernardo! Fué fraile de la Merced, con su escapulario, con su hábito blanco, con su escudo y con su cruz. Hizo muchas penitencias en los desiertos, dormía sobre la tierra, y comía sólo yerbas del campo, se daba crueles azotes y terribles puñadas ¡ojalá os las diérais vosotros, bribonzos y bribonazas que me estáis oyendo! *Vos estis lux, vos estis sal.* Zurrábase la badana de lo lindo; no como vosotros y vosotras de Chaorna, que hacéis burla y más burla, zambra y más zambra, sin más honra que la de la Puerta del Sol en Madrid.

Aquí te quiero, Perico, el de poco modo; pues decidme: ¿y cómo van taladas vuestras conciencias ante el acatamiento de nuestro Dios soberano? ¿Cómo han de lucir vuestras luces delante de los hombres buenos? *Videamus opera vestra coram hominibus.* Atended á este *coram* que dice el texto, que es un busilis grande y muy oscuro, que sabéis buiere decir, según la pluma del águila

la más alta, San Guillermo, que todo lo que se debe hacer en este mundo ha de ser *coram* para el cielo y no *coram* para el mundo, *coram hominibus* para la tierra en opinión de Pedro Robeno, que es por la figura análisis. ¿Qué entendéis vosotros, malos cristianos? ¿Y vosotras, desolladas y configuradas, y más que configuradas? *Coram vobis y más coram vobis y no coram hominibus, set luciat lux vestra.*

¿Cuándo, decidme, merecéis vosotros y vosotras de Chaorna tenerme por cura de este lugar? ¿Cuándo habéis oído decir cosas más bien dichas y más al caso? Pero mirad lo que os digo: es que si no hay enmienda, la sabré yo tomar con un garrote. *De profundis clamavit*, dice á la hoja más abajo de la mitad de la Biblia en que yo rezo, y quiere decir, que de lo profundo clamaba la sangre de Abel, muerto á manos de un tío suyo llamado Caín; pues así clamarán vuestras conciencias en el día del juicio, muertas á manos de vuestras borrachadas.

Hombres y mujeres de Chaorna, enmienda; hombres, enmienda; padres, enmienda; hijos, enmienda; mujeres desordenadas, enmienda; no más furias, no más risas, no más disoluciones, no más zurrmandainas. ¡Jesús, Jesús, haya paz *et in terra pax hominibus!* Mirad que estas palabras son de pasión en el capítulo 2.º ó en el 23 del Evangelio. Paz os encargo, paz os deseo, paz os prometo.

Pardiez, que bien claro queda todo; no diréis que tenéis un cura tonto. Otro domingo tomaré otra idea, pues cuesta los ojos de la cara andar engoznando los Evangelios.

Dios os asista con su gracia, prenda segura de la gloria. Amén.

¿VIRTUD?

Una balada de Pi y Arsuaga

Di que eres el egoísmo disfrazado.

—Me devora la sed, mi camino ha sido largo, los rayos del sol quemán.
Dame de beber.

—Perdona, hermano. Nada puedo darte.

—Desde aquí veo, por la entrada de tu bodega, llenos los odres del rico zumo de la uva.

—Cierto es que están llenos los odres de mi bodega; pero faltaría á una virtud si los vaciase para cuantos como tú necesitan de lo que contienen.

—Me consume el hambre; mi camino ha sido largo. No podre pagar tu generosidad, pero dame de comer.

—Perdona, hermano. Nada puedo darte.

—Desde aquí veo, por la entrada de tu despensa, apilados los panes.

—Cierto es que mi despensa está llena; pero faltaría á una virtud si la vaciase para cuantos como tú necesitan de lo que contiene.

—La miseria me aniquila. Carezco de

todo. Quiero vivir. Dame una parte de tus riquezas.

—Perdona, hermano. Nada puedo darte.

—Desde aquí veo abierta tu arca y en ella montones de oro.

—Cierto es que mi arca está llena; pero faltaría á una virtud si la vaciase para cuantos como tú necesitan de lo que contiene.

—¿Quién eres que en todas partes te veo, y, con duro corazón, todo me lo niegas?

—Soy la virtud del ahorro.

—Dí que eres el egoísmo disfrazado.

FRANCISCO PÍ Y ARSUAGA

Cuentecito

Eran Ramón y Facundo dos curas á los que unía un afecto muy profundo, y el primero cierto día se fué á casa del segundo.

Tenía Facundo un ama, y como sólo una cama había en la habitación, el presbítero Ramón comenzó á sentir escama.

Y sin ver que era imprudente su inquisitorial anhelo, dijo socarronamente:

—¿Quién es aquí el penitente que duerme en el santo suelo?

ANTONIO ORTÍZ

Flor de trapo

Las preferencias por los enfermos que rezan, el comer opíparamente mientras se escatima ó se adultera la ración de los desgraciados, las arbitrariedades relacionadas con el negocio, todo esto constituye, como suele decirse, las generales de la ley en los hospitales gobernados por las Hermanas de la Caridad.

Y cuando encuentran directores, médicos ó empleados débiles ó cómplices, ¡pobres enfermos!, más les valiera morir, pues no hay abuso ni crueldad que con ellos no se cometa.

Esos ángeles de á dos pesetas diarias con ración, tienen la misma idea de la verdadera caridad que el ciego de los colores, y no comprenden que la caridad, sin el perfume de la bondad, es una flor, sí; pero de trapo.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

FOR

R. H. de Ibarreta

UNA PESETA

CIENCIA Y RELIGION

FOR

MALVERT

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

La inmoralidad

Estoy ya tan cansado de oír á los clericales hablar de la inmoralidad moderna, que voy á reproducir un trabajo que se publicó en EL MOTIN el año 1889 y que he copiado después en un folleto, del que he hecho varias ediciones (dentro de un par de semanas pondré á la venta otro).

Y lo reproduzco porque, dado el gran número de lectores que EL MOTIN tiene hoy, se enterarán más personas de que la moralidad sólo comenzó á decrecer en el mundo, cuando la Iglesia perdió autoridad, fuerza y predominio.

La lujuria del clero

La historia de la lujuria del clero trazada por la Iglesia misma en los cánones de sus concilios hasta el siglo XVI, época en que la depravación del Papado y los escándalos de todo el clero católico hicieron aparecer necesariamente la Reforma, ocuparían muchos volúmenes. No pudiendo escribirlos, nos contentamos con desflorar el asunto.

Jesús predicó á los pobres y á las gentes de mala vida, y San Marcos nos cuenta que, reprochándole esto los fariseos, respondióles: «No son los sanos, sino los enfermos quienes necesitan medicinas; no es á los justos, sino á los pecadores, á quienes vengo á llamar á penitencia»; y esta contestación prueba que el modelo primero, el foco primitivo del cristianismo, estaba formado de gentes groseras, sin educación, en las cuales la depravación carnal es el vicio dominante y característico.

Ya sabemos cómo empezó el cristianismo, y veremos en el curso de este trabajo cómo los frutos han superado á todas las esperanzas.

San Pablo, en una de las Epístolas á los Corintios, se muestra indignado porque un joven convertido al cristianismo vivía maritalmente con su suegra, igualmente cristiana; y esto pasaba el año 57, es decir, veinticuatro años después de la muerte de Jesús.

Por carecer de datos precisos acerca de los dos primeros siglos del cristianismo, comenzaré la historia por el tercero.

SIGLO III

En este siglo las vírgenes consagradas á Dios se entregan al libertinaje, los obispos tienen queridas, y los Padres del Concilio de Antioquía, en una circular á las iglesias, decían: «No ignoramos que muchos obispos pecan con las mujeres que con ellos tienen.»

Las costumbres de la sociedad civil eran más vergonzosas que las de los peores tiempos del paganismo; muchas mujeres cristianas pasaban las noches en los cementerios con el pretexto de rezar y el único deseo y fin de encontrar á sus amantes; otras llamaban á sus palacios á los comediantes, y por ellos dejaban á sus maridos; y, como si no fuera suficiente, las madres prostituían á sus hijas, y á sus esposas los maridos.

Se hacía necesario una represión severa, y la propuso el Concilio de Elvi-

ra, en Andalucía, cuyos cánones fueron redactados por Osés, piadoso obispo de Córdoba, que más tarde presidió el Concilio de Nicea y redactó el famoso símbolo de la fe católica.

El canon VIII del Concilio de Elvira priva de la absolución á las mujeres que sin motivo abandonan por otro hombre á su marido, y el XII de la comunión á las madres que prostituyan sus hijas. El XIII contiene la misma pena contra las vírgenes que violan el voto de consagración á Dios para entregarse al libertinaje. El XIX el mismo castigo á los sacerdotes que cometen adulterio. El XXVII permite á cualquiera individuo del clero tener en su casa á su hermana ó hija, siempre que se haya consagrado á Dios, pero nunca una mujer extraña. El XXXV prohíbe á las mujeres cristianas pasar las noches en los cementerios, porque, á menudo, bajo el pretexto de rezar, cometen crímenes en secreto. El LXX dice que si una mujer comete adulterio con consentimiento del marido, éste deberá ser privado de la comunión.

Como vemos, estos son datos preciosos que la Iglesia nos suministra, y debemos creerlos á pies juntillos. Pero si-gamos, que ancho campo hay donde es-pigar.

SIGLO IV

Citaremos en este siglo los Concilios de Nicea en 325, el de Cartago en 399, y el de Toledo en el año 400.

El primero, en el canon III, prohíbe expresamente á todos los obispos, curas, diáconos y á cualquiera sacerdote que sea, el tener mujer alguna con ellos, no siendo su madre, su hermana ú otra mujer al abrigo de malas suposiciones. El canon XVII del Concilio de Cartago renueva con pocas variantes el canon anteriormente citado. El canon XXV ordena que ningún sacerdote visite á las viudas ó á las vírgenes sin permiso previo del obispo; que no vayan solos, sino acompañados de otros eclesiásticos; y que los mismos obispos no podrán hacer tales visitas sin que los acompañe una persona de probidad conocida. En el canon VI del Concilio de Toledo se prohíbe á las vírgenes consagradas á Dios tener familiaridad con sus confesores. En el XVII se castiga con la pena de excomunión al que, casado con una fiel, tiene una concubina; pero si se contenta con el cariño de una sola, como esposa ó concubina, á escoger, no será rechazado de la comunión cristiana.

¡A cuántas reflexiones se presta la lectura de estos cánones! ¡Cómo dejan ver el concubinato del clero en todo su esplendor, y cómo se muestran infructuosos los esfuerzos de los Concilios, que, como único y último recurso, pretenden evitar el escándalo señalando las mujeres que pueden vivir en la casa de los sacerdotes! Mas ¡ah! su lujuria es grande y no hay quien la detenga. Nada se le opone, y los sentimientos más venerandos son pisoteados por ellos. Madres, hijas, hermanas, todo han de ultrajarlo, y ya veremos cómo en Concilios sucesivos la Iglesia nos lo dice. En cuanto á las vírgenes, no hay para qué mencionar que, no viviendo en conventos, porque no se conocían, tenían sus casas particulares, como muchas vírgenes de nuestros días, donde recibían á su confesor, que las consolaba espiri-

tualmente, aun cuando tales consuelos degenerasen muy pronto en carnales demostraciones. El Concilio de Toledo, cuyos dos cánones hemos citado, prueba la moralidad de la Iglesia respecto á la sociedad civil, admitiendo el concubinato ó el matrimonio: ¡á escoger!

SIGLO V

En este siglo nos harán la pintura San Jerónimo y San Juan Crisóstomo. Citaremos algunos Concilios, el de Roma en 402 el de Arlés en 452 y el de Tours en 461. Los cánones del primero de los Concilios en este siglo se reducen á manifestar que es pecado renunciar al voto de castidad, abandonar el celo de religión y violar la fe jurada, respondiendo con esto á las preguntas que los obispos de la Galia habían formulado. El canon III advierte á sacerdotes y diáconos que deben ellos dar ejemplo de castidad. En el Concilio de Arlés, el canon III prohíbe á los sacerdotes, cualquiera que sea su jerarquía, tener mujeres en su casa, exceptuando á su madre, hermanas, hijas, nietas, ó sus esposas «convertidas» (que han prometido ser continentales). El canon IV prohíbe á los diáconos y á los obispos que reciban á dormir en su casa mujeres jóvenes, libres ó esclavas. Los cánones I, II y III, son: el primero, una exhortación á los sacerdotes para que sean castos; el segundo, trata de moderar el rigor de los anteriores Concilios sobre la incontinenencia clerical; y el tercero, les prohíbe de la manera más terminante el que tengan tratos con mujeres extrañas.

Bien se ve que todos los Concilios, el mal dominante que tratan de curar es la incontinenencia, la lujuria del clero, sin resultado. hasta el punto de que el Concilio de Tours decide hacer la vista gorda. Pero los cánones citados no nos dicen nada de lo que entonces pasaba, y es necesario leer á San Jerónimo en sus cartas á «Oceanus», su polémica «Contra Vigilantius, De Custodia virginatis», etc., y las homilias de San Juan Crisóstomo, para tener una ligera idea de lo que aquello era. para imaginarse á qué punto había llegado el refinamiento, el escándalo en los que hoy y siempre han querido ser directores de las conciencias y educadores de niños.

En el siglo V, Constantino hace de la religión cristiana la religión del Estado, y desde entonces no es la fe quien hace aumentar el número de sus ministros, es la ambición, la sed de dinero y la facilidad mayor para satisfacer sus pasiones bajas y depravadas. Comienza el desorden, y San Jerónimo se queja del poco cuidado que se tiene en la admisión de sacerdotes. Pero lo más notable en esta época son las Agapas, esas mujeres que, abandonando su familia con un objeto piadoso, hacían vida común con otro hermano en fe y creencias que, como ellas, había hecho voto de castidad.

San Juan Crisóstomo dice hablando de los «solitarios»:

«Entrad, entrad en la casa de estos ascetas, y ¡qué hermoso espectáculo se os ofrecerá á la vista! Veréis suspendidos zapatos, ligas y sombreros de mujer, cestillas de labor, peines, etc. y muchas cosas más que no puedo nombrar se

(Continuará.)

los templos y sus huéspedes

POR

Roberto Robert

los ya mencionados santos solo achacan la perversidad á algunos individuos, se me acibara un tanto al ver que San Cipriano declara pícaro de siete suelas á toda clerigalla y dice:

«Los primeros fieles vendían sus bienes y sólo pensaban en amontonar tesoros en el cielo. *Nosotros* por el contrario, *los acrecentamos cada día con nuevas adquisiciones*. De aquí es que se ha amortiguado aquel fevor primitivo».

CXL

¡Este *nosotros* de San Cipriano me ha baldado! Ya no son algunos, ni varios, ni muchos, sino *nosotros*, es decir: todos los sacerdotes.

Estoy tan perplejo, que de buena gana no emitiría mi parecer sobre la posible corrupción de la Iglesia católica y sus personas: ni quisiera desairar á San Cipriano, que me acaba de proporcionar el párrafo recientemente aquí transcrito, ni quisiera exagerar el sentido de las frases de los distinguidos Santos Agustín y Gerónimo.

CXLI

Valentiniano II quitó, no á algunos eclesiásticos, sino á toda la Iglesia, el derecho de adquirir.

¿Por qué? Porque parece que las adquisiciones se habían matando á sustos á los pobres, digo, á los ricos moribundos, con amenazas de un inevitable infierno, y apagando en el que a go poseía los efectos de amor y caridad hacia sus hijos y parientes menesterosos, arrumbaban con todo para la Iglesia.

CXLII

Yo me hago el cargo, porque aunque impío, soy razonable. Sostenían algunos, por ejemplo Juliano, llamado el Apóstata, que toda vez que la ley de Jesucristo prometía á los pobres el reino de los cielos, él quería desembarazar el camino de los cielos á los eclesiásticos facilitándoles todas las virtudes que, según ellos mismos, iban anejas á la pobreza.

Lo cual no parece fuera de razón.

Pero decían todos los demás teólogos no apóstatas: que si la gente mundana poseía bienes terrenales, se pervertiría y condenaría toda; y que el mejor medio de evitar una catástrofe tan opuesta á los designios del Señor, era empobrecerla al rape, pues la gala del eclesiástico debía de consistir en salvar las almas yjenas y conservar la suya limpia y tersa, á pesar de los más nutritivos jugos y la vida más tumbona.

CXLIII

Es el advertir, antes de pasar adelante, que la Iglesia al adquirir bienes, siempre dió algo en cambio.

En algunas ocasiones llegó á regalar

hasta órdenes sagradas al que le daba el todo ó parte de sus bienes.

CXLIV

Hablando á este propósito, recuerdo á un autor que dice:

«Convertidos los obispos en propietarios, tuvieron que dejar el báculo por la espada para seguir á los reyes á la guerra y rechazar las usurpaciones de los señores vecinos.

Equivaliendo los obispados, las abadías y hasta los curatos (instituidos ya los beneficios) á pingües patrimonios, fueron ambicionados por los seglares, que corrían á ellos, no para hacer vida buena, sino para darse buena vida y alcanzar el premio que los reyes daban á sus favoritos y servidores.

Así no era extraño ver arzobispos que aún no habían salido de la infancia, como Hugo de Vermandoris, que tuvo el arzobispado de Reims á la edad de cinco años.»

CXLV

Dejo á la consideración de los fieles el efecto que les habría de producir el espectáculo de S. E. Ilustrísima jugando á la comba y al chito, ó quizás andando por el barrio con la mitra debajo del brazo, llena de huesos de albaricoque.

CXLVI

Pero Benedicto IX ¿no fué Papa á los doce años? Y por ventura ¿tenía más de diez y ocho el rapaz que llamándose Juan XII se sentaba en el sólio pontificio?

¡Où diable l'infallibilité allait-elle se nicher!

CXLVII

Pues señor... parece fuera de duda que la Iglesia se había corrompido por convenir así á los altos designios de la Providencia.

Yo, al tratar de puntos semejantes, no puedo menos de formarme idea del Sér Supremo, infinitamente sabio, bueno y poderoso, diciendo:

—¿Qué hora es en el mundo terráqueo? ¿Hora de corromper la Iglesia? Pues vamos allá.

CXLVIII

Y en efecto, la corrupción de la Iglesia llegó á ser una de las cosas más perfectas.

Los clérigos, á fuerza de cuidado y perseverancia, llegaron á no saber si quiera los rudimentos de la lengua latina, de tal suerte, que, según refiere un prelado, en su época hubo obispos que tuvieron que enseñar á su clero á cantar el *Gloria*, el *Sanctus* y el *Kirie eleison*.

CXLIX

De sus vicios podríamos decir mucho, porque se sumieron en ellos escandalosamente.

Donde quiera que respiraba un hombre de Iglesia, hasta la atmósfera parecía impregnarse de lujuria.

CL

Los que tenían medios para ello, salían á caza con sus perros y halcones, y cuando el placer de la caza les fastidiaba, la camorra era para ellos un atractivo poderoso, y á cada momento se levantaban en armas contra el primero que se les antojaba.

CLI

Es preciso, empero, convenir en que no todos los eclesiásticos tenían propensiones violentas.

Otros, en medio de la paz y la calma, se dedicaban á ejercicios más tranquilos, por ejemplo, á vender vino, y el templo mismo les servía de taberna.

Otros más piadosos se dedicaban al préstamo con interés, por lo cual ciertos exajerados enemigos de los eclesiásticos los acusan de haberse entregado á la usura.

Viendo que los mundanos menospreciaban á los mercaderes, ellos procuraron honrar el comercio, y anduvieron por el mundo comprando y vendiendo y administrando al propio tiempo los sacramentos.

De algunos se averiguó que en sus tratos usaban pesas y medidas falsas: pero los Concilios se lo reprendieron y aún se lo prohibieron repetidas veces, lo cual prueba que en la alta clerecía reinaban sentimientos de justicia, por más que esta regla no fuese general, si damos crédito á Gregorio de Tours, el cual dice del obispo Bodegisilo que no dejaba pasar día sin apropiarse alguna cosa de sus vasallos.

CLII

Cada cena y cada borrachera tenían, que cantaba el credo, como suele decirse.

Y los Concilios los reprendían una, dos y mil veces por sus borracheras.

En sus trajes mismos se traslucía el género de vida desordenada que llevaban.

Y los Concilios nunca dejaban de recomendarles que vistiesen con decencia.

En las horas de descanso, que solían ser veinticuatro cada día, armaban timbas, en las cuales el dinero de las ánimas iba á correr aventuras sobre el caballo de copes y el as de oros.

Y los Concilios les censuraban duramente por su afición al juego.

CLIII

Era lo más común levantarse de la cama un sacerdote y encontrarse un par de horquillas clavadas en la almohada.

Sucedía con frecuencia que las queridas de los clérigos se administraran recíprocas palizas en presencia de los fieles.

Y los Concilios y las leyes generales, acudían á decirles cuántas pelancuscas era lícito poner á un ministro del Señor y de qué modo había de usar de ellas.

(Continuara).